

LAS POSTAS
DEL CAMINO REAL
EN SAN LUIS

“RELATOS DE VIAJEROS”

**DE SUSANA PÉREZ GUTIÉRREZ DE SÁNCHEZ
VACCA**

(AÑO 1998)

ÍNDICE

PREFACIO.....	3
INTRODUCCIÓN.....	4
El Camino Real y las casas de posta	4
CAPITULO I.....	6
John Miers (año 1819).....	6
Río Desaguadero	14
Descripción de la balsa y modo de cruzar el río.....	14
CAPÍTULO II.....	16
Peter Schmidtmeyer (año 1820).....	16
Descripción del suelo	18
Partida del portezuelo	18
San Luis	19
CAPÍTULO III.....	21
Francis Bond Head (año 1825).....	21
Modos de viajar.....	23
Rumbo a la ciudad de San Luis	25
Viaje a La Carolina.....	27
En la posta de Desaguadero	28
CAPÍTULO IV	33

Samuel Haigh (año 1829)	33
CAPITULO V	37
Samuel Greene Arnold (año 1848).....	37
Rumbo al pacífico.....	39
“Un pueblo luchador”	40
San Luis, la bella.....	41
En marcha otra vez.....	42
CAPÍTULO VI	43
León Palliere (año 1858).....	43
CAPÍTULO VII	49
Santiago de Estrada (año 1862)	49
Un fogón en San Luis.....	50
CONCLUSIÓN	53

PREFACIO

Manifiesta la provincia de San Luis una historia fascinante: basta saber mirar para encontrar escenas llenas de color local. En el desarrollo de esa historia hubo características muy fuertes, perfiles muy auténticos y acendradas costumbres, originados en el seno de un recio y subyugante paisaje.

Muy poco se conserva de esos testimonios que definen la identidad de la provincia. Tenemos así, la obra de grandes historiadores –formados por las normas clásicas de encarar el proceso político–, como Juan W. Gez, Fray Saldaña Retamar, Víctor Saá, Urbano J. Nuñez, Reynaldo Pastor, Laureano Landaburu, Hugo Fourcade, Néstor P. Menéndez, Rodolfo S. Follari, entre otros. Encontramos en el Archivo Histórico importantes colecciones de documentos oficiales, que pueden ofrecernos valiosos datos e información sobre hechos pasados.

Pero carecemos del libro de “memorias” que nos acerque a la época y el ambiente en que vivió el hombre; que nos narre los usos y hábitos que nos transporten a la vieja provincia de San Luis. Nos hace falta encontrarnos detrás de una reja o en un patio con jazmines y volver a sentir el olor de los braseros e imaginar qué ocurrió en ese caserón, quién vivió, por qué fue construido, quién presenció su decadencia.

Buscamos el libro que nos conduzca a los campos, donde todavía hoy se conservan tradicionales formas de ser.

Afortunadamente para nosotros han quedado testimonios, restos de ese elemento histórico en escritores como Nicolás Jofré, Gilberto Sosa Loyola, Carmen Guiñazú de Berrondo, Dora Ochoa de Masramón, María Delia Gatica de Montiveros, Jesús Liberato Tobares, Berta Elena Vidal de Batín, Felipe Velásquez, Carmen Quiroga de Chena, entre otros. Los jirones de esa historia cotidiana los encontramos diseminados en archivos, en fotografías antiguas, en colecciones de diarios y revistas y especialmente en libros de viajeros que cruzaron la provincia durante buena parte del siglo pasado.

Es por todo ello que en esta obra he querido revalorar y recordar a algunos viajeros que dejaron testimonio de sus vivencias al cruzar San Luis. Invito especialmente a los lectores que se animen a hacer el recorrido por el “Camino Real”, esa senda totalmente borrada y enterrada al igual que las historias cotidianas de nuestra provincia.

La mayoría de los autores que comentamos en esta obra son extranjeros pues consideramos que han podido efectuar su observación desde una óptica especial, propia de quien halla novedoso todo lo que ve y experimenta.

Se advierte también que se trata de una selección de autores efectuada desde una perspectiva muy personal. Estos antiguos escritos me impresionaron particularmente y desde entonces me he dedicado a coleccionarlo, compartiendo ese placer con mi marido. Valoro de ellos la observación minuciosa y aguda de costumbres, lugares,

tipos y caracteres, la capacidad de comprensión o la perplejidad ante momentos de la vida de nuestros comprovincianos del siglo pasado.

El lector por sí mismo apreciará aún sin estas notas aclaratorias el propósito de este trabajo. Espero que tampoco sea necesario remarcar que al realizarlo me he sentido animada por un sentimiento muy claro de amor a mi provincia.

*Susana Pérez Gutiérrez de Sánchez Vacca
Villa Mercedes, octubre de 1994*

INTRODUCCIÓN

El Camino Real y las casas de posta

No exagera Pablo Rojas Paz al afirmar que todo en la pampa era más peligroso que en el mar. No en vano las carretas, los arreos y las diligencias hacían los viajes en crucero, formando “tropas”. Las distancias enormes entre un poblado y otro, la falta de animales de repuestos y las inclemencias del tiempo hacían de cada viaje una aventura digna de admiración.

El comercio y el intercambio entre las distintas regiones, además del tránsito de pasajeros hacían ineludible el paso por estos desolados territorios. Es por esto que el sistema de posta fue el único recurso que pudo vencer los rigores de la ruta trazada a través de la pampa interminable y brindar un servicio invaluable de asistencia y refugio. La provincia de San Luis contaba –en el lapso comprendido entre 1819 y 1862- con unas seis casas de posta (a veces más), distribuidas sobre el camino Real que atravesaba su territorio.

Para quien emprendía la marcha en dirección este-oeste la primer casa de posta que encontraba al ingresar a territorio puntano, era la de Portezuelo. Dice John Miers en su obra “Viaje al plata 1819/1824” de esta posta: “Al descender del coche caminamos entre bloques desprendidos de las rocas y descubrimos allí dos rústicos ranchos sumamente miserables, algunos durazneros, grandes plantas de cactus, tierra y unos cuantos arbustos (...) La lujuria y el verdor del follaje contrastan con las masas rocosas, diseminadas y destruidas por el tiempo, la miseria de los ranchos y el aspecto triste de los habitantes de este hermoso lugar abrigado”.

Distante siete leguas de El Portezuelo se encontraba la siguiente posta. “Durante un corto trecho –dice Miers- se sigue hacia el sur, luego se asciende en dirección occidental por la cadena de montañas sobre la cual se desarrolla todo el camino hasta El Morro”. Este último es el pico de mayor altura de la cadena. “Próxima a la punta meridional del mismo está situada la posta del Morro”.

La siguiente posta, distante doce leguas, es la de Río Quinto. Se parte en dirección sud-oeste sobre una superficie ondulada. Se cruza luego una franja densamente poblada de Algarrobos, mimosas, espinillos, chañares, talas y otros árboles espinosos. Esta franja se extiende por espacio de una legua después de la cual se abandona la cadena del Morro para entrar una vez más en el terreno llano de la pampa. “El pasto es duro y seco, interrumpido por chañares chicos. En el horizonte hacia el norte se distinguen muy claramente dos montañas aisladas”, anota Miers.

La marcha continua hacia el sud-oeste. Al aproximarse al Río V el suelo aparece menos cubierto de pasto, más salitroso y arenoso. Las márgenes del río son muy arenosas; el lecho es muy amplio con pequeñas corrientes, no muy profundo. Vadeando la corriente y a cierta distancia de la margen opuesta está la Posta del Río Quinto.

Como vemos, la soledad era la persistente compañera del hombre que se lanzaba a desafiar esas vastedades. El camino trazado en la tierra, borrado por el viento, las lluvias o la sequía, sólo era conocido por la intuición de ciertos seres privilegiados, los baqueanos, que los llevaban en el secreto de sus mentes prodigiosas.

Después de 1830 mejoraron sensiblemente las condiciones y se comenzó a viajar con cierta rapidez: había caballos de repuesto en las postas, y éstas permitían la posibilidad de andar todo el día y encontrar por la noche un lugar para descansar. Comenzaba así el placer de viajar.

Rumbo a Mendoza

A siete leguas de la ciudad de San Luis se encuentra la quinta posta dentro del territorio provincial: es la de la Represa o Laguna de los Chorrillos. Samuel Haigh - otro de los viajeros cuyas impresiones han llegado hasta nuestros días- refiere que “se llegaba a ella por una huella muy mala, en parte sumamente arenosa, en otras pantanosas, que seguía siempre la dirección oeste”.

La descripción del edificio de la casa de posta no difiere de las descritas anteriormente: se trata de una cabaña miserable y una pulpería recién construida con adobes. “La tierra es aquí muy salitrosa, tanto que los adobes están en constante eflorescencia y se deshacen con rapidez”, observa el inglés.

El paraje recibe el nombre de La Represa debido a la presencia de un gran lago de agua dulce formado gracias a un terraplén.

La siguiente posta, ubicada a cincuenta millas al oeste, es la de Desaguadero, que toma el nombre del río homónimo. Peter Schmidtmeier lo refiere así: “cruzamos el desierto que es un terreno ascendente sin agua alguna excepto un tenue manantial, a veces seco, a mitad de camino, y después de descender el suave declive occidental de este lugar, arribamos a la casa de posta de Desaguadero: una vivienda miserable, donde un asador de madera con un trozo de carne asada suplió la falta de platos. Cerca de los ranchos pasa el río con un poco de agua que en su mayor parte está cubierto con juncos y habitada por patos salvajes, gansos y cisnes”.

El relato de los viajeros que vamos a comentar adquiere un ritmo similar al de sus vehículos o cabalgaduras, y es el ámbito geográfico que hemos descrito suscitadamente –el del Camino Real- el que será transitado una y otra vez en las páginas siguientes.

CAPITULO I

John Miers (año 1819)

Jhon Miers es uno, entre los muchos ciudadanos ingleses que, particularmente durante el siglo XIX, movidos por las más dispares razones, llegaron a estas tierras.

Constituyen sus apuntes un repositorio permanente donde busca el detalle, muchas veces complementario y otras sencillamente curioso, de las condiciones de vida, las modalidades, los hábitos de nuestros antepasados.

A los 30 años Miers andaba por estos mundos tal vez tras una fantasía que nunca habría de concretarse: la fortuna tal vez lo más probable, la curiosidad propia de su espíritu de investigador.

Miers pasó por Buenos Aires en 1819 rumbo a Chile. Cruzó la pampa y la cordillera. Durante su viaje por estas tierras tuvo infinidad de contratiempos que fue minuciosamente anotando, además contribuyó en gran medida al conocimiento de la flora de Argentina y Brasil.

Pero no hay duda que ningún episodio de sus accidentadas andanzas pudo matar en él su espíritu de observación. Fue un inglés culto, muy crítico y también falto de humor, duro en sus apreciaciones acerca de episodios y personas que la historia ha engrandecido; por ello ha quedado postergado y talvez esa sea la razón por la cual se lo conoce tan poco en nuestro país. De 494 páginas que componen su primer libro, 360 están dedicadas a la Argentina y dos capítulos dedicadas a San Luis, su fauna, su flora y sus hombres.

John Miers hizo varios viajes entre los años 1819 y 1825, lo que dió margen a su libro "Travels in to Chile overs the Andes", aparecido en 1826.

Conoció en Mendoza al general San Martín y aquí en San Luis a Dupuy. Posteriormente el gobierno nacional lo contrata para instalar en Buenos Aires la maquinaria de acuñar monedas.

Miers hizo el viaje en compañía de su mujer y del doctor Mr. Thomas Leighton, médico contratado para prestar servicios en la Armada Chilena, quien atendió a la esposa de Miers al tener ésta su hijo, en circunstancias que explica a través del libro.

Contar la extensa vida de John Miers demandaría un largo capítulo: fue un estudioso y un gran naturalista. Su paso por San Luis quedó registrado magistralmente. La ubicación de la ciudad de San Luis en un lugar tan atractivo, con sus sierras alrededor, enclavada sobre la antigua ruta colonial que une Buenos Aires con Mendoza y Chile, y el hecho de ser su gente hospitalaria, humilde e inteligente naturalmente, ha concedido a este paraje un valor histórico y humanístico extraordinario, subrayado por mil sucesos que durante el largo período de las luchas civiles y la organización nacional lo han jalonado.

Así relata John Miers la jornada del 20 de abril de 1819: “La mañana era más fría que lo habitual a causa de un viento fuerte. A unas diez leguas de Río Quinto pasamos sobre unas sierras bajas que corren casi de norte a sur. El camino se mantenía arenoso y salitroso...” Luego cruzan por un terreno arenoso y llano, cubierto de arbustos bajos “y por fin –continúa Miers– descubrimos el pequeño río de San Luis cuyo lecho es extraordinariamente amplio y, en consecuencia, seco”. Este río corre hacia “un valle amplio cubierto de árboles y arbustos, en medio del cual se halla situada la ciudad de San Luis de la Punta”.

Pasado el mediodía llegan a los arrabales de la ciudad y, como apunta Miers, se les presenta un “extraño obstáculo”. La entrada y principal camino de acceso a la ciudad estaba “cerrado con una barricada construida con una serie de estacas clavadas en el suelo y cruzadas por otras similares atadas a las primeras por medio de tientos”. Los guardias apostados en el lugar no les permiten la entrada sin una orden escrita del gobernador (a la sazón Dupuy). Miers entonces despacha a su guía principal con un mensaje, solicitando cortésmente permiso para entrar a la ciudad.

Continúa el relato: “Mientras nuestro mensajero cumplía el encargo me enteré que éste obstáculo era una precaución (indudablemente absurda ya que muchas otras entradas estaban abiertas), para prevenir alguna sorpresa de los montoneros partidarios de Carrera, pues se presumía que algunas bandas errantes podían acercarse a la ciudad”.

En la “Historia de Provincia de San Luis” de Juan W. Gez (pág. 215 del primer tomo) dice sobre este momento: “la montonera comenzaba sus correrías, se minaba la disciplina del ejército y se susurraba (...) El rumor iba en aumento, los peligros amenazaban por todos lados. José Miguel Carrera se disponía a invadir la provincia al frente de unos pocos partidarios y con una horda de indios aliados”.

Después de esperar casi una hora, nuestros viajeros ven llegar a su guía, y él les comunica que el gobernador acababa de retirarse a dormir la siesta, con orden terminante de que no se lo despertara hasta las cinco. Como se ve, la costumbre de dormir la siesta, tan arraigada entre los provincianos viene de muy lejos y llega casi intacta hasta nuestros días.

Miers y sus compañeros resuelven, después de esperar alrededor de una hora, entrar por otras calles, con tan mala suerte que el coche que los transportaba se rompe. “El coche que, con gran cuidado, escapó de varios vuelcos, llegó por fin al centro de la ciudad “. Miers se detiene a observar “las altas paredes de barro que rodeaban las casas, coronadas por malezas y enredaderas, servían de cerco a los huertos que rodeaban casi todas las propiedades”.

Por haberse roto el perno que soportaba todo el peso del coche se vuelve prioritario hallar una fragua donde asegurar el hierro. Miers cuenta que “en el trayecto de 630 millas recorrido desde Buenos Aires cruzamos varias aldeas y pueblos pero sin hallar un simple herrero”. En esa época era sumamente difícil hallar gente que se dedicara a esas ocupaciones manuales corrientes y esenciales.

Nuestro inglés se dirige a la casa del único herrero de toda la ciudad y le ruega que le haga la soldadura lo más pronto posible. Mientras tanto, el grupo de viajeros se instala en la casa del maestro de posta, “con un estrecho corredor al frente”. “El lugar que nos asignó -dice Miers con esa minuciosidad para describir hasta el mínimo detalle- era una habitación sin una sola ventana. En cada extremo había un amplio banco o estrado, de unos tres pies de alto. Las paredes de barro estuvieron blanqueadas alguna vez, pero ahora estaban negras de mugre y totalmente escrita con los nombres de los viajeros que pernoctaban en ella”.

Es entonces que toma la decisión de instalarse en el cuarto del maestro de posta que, “aunque sucio y miserable, era espacioso”. Allí son recibidos por las hijas del maestro de posta: “Tres muchachas grandes, la mayor al parecer de veinticinco años de edad, de buena apariencia, aunque sus mejillas despiadadamente embadurnadas de carmín. Pronto se hicieron intolerablemente familiares”. A estas mujeres provincianas les llamaba la atención la ropa de la inglesa, querían saber como estaba confeccionada, actitud que parece repetirse en forma idéntica entre las mujeres de hoy y de siempre.

“En el transcurso del día fui muchas veces a la casa del herrero, con poco provecho; el hombre no podía sustraerse a sus entretenimientos de la tarde que consistían en fumar cigarrillos con dos mujeres de aspecto miserable, todos sentados en cuclillas sobre el suelo pelado de su habitación, tocando alternativamente la guitarra, acompañándola con las habituales conzonetas sarracenas en tono menor, chilladas con nasal discordancia”.

Aparece otra vez la intolerancia y la incompreensión en las observaciones y los juicios que Miers efectúa sobre nuestro modo de ser, que hasta en la forma de cantar era distinto.

Pues el puntano en general es un trovador de abolenjo; la guitarra es para él confidente de sus amores y desdichas. Sentado sobre el suelo o sobre un cráneo de potro o de vaca, bajo el alero del rancho o bien debajo de un árbol,

tañe las armónicas cuerdas para acompañar sus canciones dolientes o chispeantes, a cuyo ritmo bailan las jóvenes.

El caso fue que recién al otro día el joven herrero le hizo la soldadura al coche. Luego de tomar dos o tres matecitos se levantó y comenzó a trabajar. La forma y los utensilios que usaba nuestro hombre son minuciosamente descriptos: “La fragua estaba construida con barro, los fuelles eran redondos y bastantes rústicos, el carbón era el único combustible”.

“Un trozo de hierro unido a un palo servía de martillo, y un trozo de bronce atado a una estaca de madera clava en el suelo, de yunque”. Agrega: “Estos dos elementos juntos con dos o tres limas fueron de uso, algunos hierros en barras y unas cuantas herraduras, constituían el instrumental completo”.

Reconoce Miers el valor del trabajo diciendo: “es asombroso cómo, con semejantes materiales rústicos, se elaboraban los excelentes y hermosos frenos, argollas y otras chucherías de uso corriente entre los Gauchos”. Y termina: “después de prolongada minuciosidad, el herrero consiguió por fin soldar los pernos”.

Se hace necesario destacar este hecho: a pesar de la escasez de medios materiales, la destreza y la calidad son abundante en la ejecución del trabajo. El exigente inglés lo reconoce, a través de sus propias palabras da un vuelco rotundo la imagen de “haragán y miserable” que pintara momentos antes, al describir a nuestro comprovinciano del siglo pasado.

Edificación, Arquitectura y Comportamiento

La arquitectura de aquella época es descripta demasiado sintéticamente, pero nos da un panorama de cómo estaba distribuida la edificación y de los materiales que se empleaban en su construcción. La visión de Miers nos acerca un San Luis modestísimo: “La plaza pública presentaba el aspecto más lamentable que puede imaginarse”.

Alrededor de la plaza había dos iglesias muy pobremente construidas. Lo mismo ocurre con el cabildo o casa municipal, la cárcel y un convento, que son los edificios principales y están construidos con barro. “Y en plena destrucción”, acota Miers.

En su primer acercamiento a la ciudad el inglés descubre un grupo de presos fabricando adobes en la plaza principal. Sujetos por pesados grillos, iban colocando los ladrillos de barro a secar al sol mientras eran custodiados por soldados muy mal vestidos. “Un cierto número de andrajosos soldados mal entrazados, con los mosquetes cargados y la bayoneta calada los vigilan”. Le causa gran admiración al viajero el hecho que tanto presos como soldados tenían un comportamiento extraño a sus ojos: “Hablaban, bromeaban juntos fumando continuamente”.

El fuerte, según Miers, no se hallaba muy lejos. Era un cercado cuadrangular elevado, de tamaño aceptable, construido con adobes y barro. Destaca su aspecto abandonado y la existencia de alguna pieza de artillería.

La ciudad estaba dividida en manzanas de 120 varas cuadradas, trazado similar al que ostenta actualmente. Cuesta creer que las casas tuvieran sus enormes huertos encerrados con elevadas paredes de barro. En la actualidad, esto se puede hallar en Chile, Perú o Ecuador. Miers anotó además que estos huertos estaban abundantemente poblados de árboles frutales, cipreses y álamos.

La mayoría de las casas estaban sin blanquear, de construcción sumamente austera. La cantidad de habitantes en esa época oscilaba entre los tres mil y los cuatro mil. A pesar de ello, la ciudad se extendía ampliamente a orillas del río Chorrillo. “El agua que lleva el río se distribuye por acequias pequeñas que bordean las calles”.

Por aquellos tiempos, los desolados habitantes que quedaban en San Luis luego de la convocatoria para la gesta libertadora emprendida por San Martín, parecen no tener mucha inclinación por la agricultura.

No se cosechan casi cereales, ni siquiera para consumo propio. La población se mantiene de carne vacuna.

La riqueza de la provincia consiste exclusivamente en estancias o granjas de ganado en donde una cantidad de vacunos negros, colorados, caballos, mulas y ovejas se crían a expensas de alimento que la tierra produce.

“Las chacras de ésta provincia no pueden producir suficiente trigo como para alimentar a la escasa población de San Luis. El clima, por ser seco, es muy sano”.

“San Luis –continúa el escritor- es la menor poblada de todas las del Plata. Este pueblo ha sido elevado al rango de ciudad de San Luis de la Punta”.

“Los alrededores presentan una flora muy variada, más desarrollada y hermosa que la de otras provincias. Entre los árboles se encuentran algarrobos, chañares, diversas mimosas, quebrachos, un árbol siempre verde, de hojas romboidales y espinosas, y muchos otros completamente nuevos para mí y que no he visto ni en flor ni en semillas”. Entre éstos señala el inglés un arbusto precioso que después a reconocido en los jardines de Buenos Aires, en donde se lo conoce con el nombre de “barba del chivato” a causa de sus largos estambres que caen de los numerosos racimos de elegantes flores amarillas (nuestra conocidas “lagañas de perro”). No olvidemos que este viajero era, entre otras cosas, un experto estudioso de la botánica y un agudo observador.

También encuentra en los jardines de las sencillas casas puntanas la zinia carmesí, la pequeña y hermosa verbena rastrera y la commelina común en Buenos Aires y Chile. En San Luis también le llamó la atención la gran variedad de tillandries y otras plantas parásitas más conocidas con el nombre de

“plantas del aire” las cuales, sin tierra alrededor de sus raíces, simplemente suspendidas o prendidas en los hierros de las rejas de ventanas y balcones o de las ramas de los árboles, conservan su vida y florecen durante mucho tiempo. (se trata del clavel del aire).

Miers señala la existencia de cactus y tuna, que proliferan abundantemente en las proximidades de la ciudad, y también de cochinilla que se recoge para vender en las pulperías, y se utilizan para teñir en tonos rojizos.

Después de su recorrido por la ciudad, y de visitar al gobernador, el inglés regresa a la posta donde encuentra que los hombres habían arreglado el coche y cumplió con todos los requisitos indispensables para continuar el viaje. Allí mismo se encuentra con un oficial chileno que se dirige a Buenos Aires. Había cruzado los Andes y llegado a Mendoza tan sólo unos días antes. Este militar le cuenta que los pasos de la cordillera estaban por completo libres de nieve y le asegura que no habrá variaciones hasta dentro de un mes por los menos. Después de recibir información detallada sobre el camino Miers ordena traer los caballos y disponer todo para la partida. El maestro de posta le entrega seis caballos en lugar de cuatro porque dice que en la próxima etapa “el camino es sumamente pesado y pantanoso”, y le asegura que en la próxima posta de La Represa o Laguna de los Chorrillos le va a ser muy difícil encontrar caballos de relevo. Por lo tanto, se hace indispensable llevar animales de repuesto, suficientes para recorrer la siguiente etapa –demasiado larga- hasta Desaguadero. La distancia total de San Luis hasta Desaguadero se calculaba en 20 leguas.

Como este inglés es sumamente meticuloso, en su libro de viaje va anotando el precio de todo, y es increíble el detalle que hace sobre lo que paga por los caballos. Compra finalmente los seis caballos para el coche y seis para montar, que le cuesta treinta pesos, por dos postillones, tres reales cada uno, o sea tres peniques por legua. En San Luis también pagan un peso por la comida, dos reales por la leche y un real y medio (nueve peniques) por una docena de huevos que compran para el viaje, no más un recargo especial de tres reales (dieciocho peniques) por coserlos antes de la partida. Paga además seis reales por el pan para el camino.

Dejaron pronto San Luis y entraron enseguida –según refiere el escritor- en una región boscosa que presentaba muchas novedades para un botánico como él.

El camino que llega a La Represa –aproximadamente a unas siete leguas de San Luis- se desarrolla por un paraje poblado de bosques. La huella, dice Miers, es mala, en parte muy arenosa, en otras pantanosas y, además en algunas ocasiones la cama del eje delantero choca con fuerza contra los tocones que forman los troncos de los árboles cortados con descuido al hacer el camino.

Durante las cinco primeras leguas –anota Miers- la dirección fue en general al sudoeste, de allí hasta La Represa continúa hacia el oeste- sud-oeste. “Nada digno de mención se vio en el camino”.

Llegan a la casa de la estación de La Represa aproximadamente a las cinco de la tarde. “En este lugar había una cabaña miserable y una pulpería, recién construida con adobes”. Tenía, según nuestro escritor, una apariencia “de una limpieza aceptable”. “La tierra es aquí tan extraordinariamente salitrosa que los adobes, expuestos al aire está en constante esflorescencia y se deshacen con rapidez. Hay dos construcciones más, de madera, sin terminar utilizada para la preparación del charqui”. Sostiene Miers que “el clima es aquí lo bastante seco como para permitir su fabricación, sin adición de sal”. Y a continuación hace una descripción exacta de cómo es la preparación del charqui y como se lo utiliza: “Los trozos de carne vacuna, sometidos a este procedimiento de secado al sol durante uno o dos días, y luego hervidos, constituyen un beef-steak aceptable, con frecuencia puede conseguirse en el camino, cuando los gauchos están preparando charqui”.

Luego observa que cerca de la Posta de la Represa existían dos o más corrales o cercados de buen tamaño, construidos con estacas hincadas en el suelo, que se utilizaban para encerrar de tanto en tanto al ganado, ya sea para su recuento, aparte o matanza.

La Posta de La Represa estaba atendida por un gaucho llamado Blas Savala (sic), quien se había criado entre los indios y por su conocimiento particular de estas tierras meridionales, y su relación íntima con las diferentes tribus indígenas, fue colocado por el gobernador Dupuy en la milicia provincial como capitán, puesto en el cual prestó muchos servicios a San Luis, evitando con su arrojo, incursiones guerreras a esa ciudad.

El inglés demuestra gran curiosidad por los hábitos de los indios de esta zona y por toda la provincia, especialmente por el territorio de la parte sur, e interroga a Savala. Don Blas le responde con esa sabiduría natural de nuestros criollos del campo, lo siguiente: “Los indios de las pampas se mantenían, en un principio, exclusivamente a expensas de la caza y carecían de nociones de labranza y cultivo. Luego, en los últimos años el éxito de sus asaltos contra las provincias orientales les han permitido proveerse de inmensas tropas de ganado vacuno y caballar. En consecuencia, se encuentran comparativamente bien y su subsistencia no depende por completo de los baguales, o caballos salvajes, ni de avestruces, ciervos, zorros, etc., cuya captura fue siempre un motivo de intranquilidad y dificultades”. Por lo tanto, sus construcciones se han hecho de carácter casi permanente, más que las anteriores. Aunque por hábito sigue realizando sus correrías en busca de algo para saquear. Continúa el relato: “Nunca estas tribus permanecen mucho tiempo en un lugar y cuando deciden asentarse prefieren los sitios en que otras bandas hayan fijado anteriormente su residencia transitoria. De aquí se deduce por que sobre las márgenes de los ríos existían a intervalos de veinte o treinta leguas, una sucesión de tolderías o campamentos indígenas.

Blas Savala cuenta también con lujo de detalle las formas de vida de los indígenas, ya que él conocía muy bien sus costumbres. Fumando un puro se las describe: “Sus habitaciones consisten, simplemente, en cueros sueltos que

fijan a tres estacas dispuestas en forma de triangulo, de una manera similar a las tiendas de los gitanos”.

Esta posta estaba ubicada en medio de una gran estancia en la cual, gracias a un terraplén, se había formado un gran lago de agua dulce: de aquí el nombre de La Represa. Según lo observado por Miers, “este lago se forma mediante los drenajes por donde corren aguas que caen en la parte superior en las cuatro o cinco lluvias del año. Esto, unido al caudal de una pequeña acequia que conduce el excedente de agua del río San Luis durante la época lluviosa, proporciona agua suficiente como para mantener a unos miles de cabezas de ganado”.

Esta laguna de agua dulce no tiene salida, pero buena parte de ella se pierde, ya sea por evaporación o por drenaje del suelo. En la mañana del 22 de abril, Miers anota: “me levanté a las cuatro y media y desperté a mis peones decidido a realizar en el día, si fuera posible, dos o más etapas, pero advertí en ellos una disposición predeterminada para demorar”. Parece ser que a nuestro viajero lo ponían intranquilo los diversos pretextos que ponían sus peones en preparar el viaje.

El caso fue que a pesar de las insistentes súplicas del inglés, no se completaron los preparativos hasta las seis, oponiendo esta gente un obstáculo tras otro, de manera que no pudieran partir hasta “las siete menos diez”. La dirección que tomaron fue al sudoeste-sud-sudoeste, anota siempre nuestro viajero.

Encontraron en el camino una carreta procedente de la estancia Las Tortugas, cargada con sandías y melones, con destino a la ciudad de San Luis. Adquieren una buena cantidad de esas frutas al precio de un cuarto de real (3 tres medios peniques), las cuales –según parece- eran de tamaño grande.

Durante la primera legua cruzaron una zona boscosa, similar a la que habían observado en San Luis. Luego atraviesan un gran tremedal, interrumpido por isletas de algarrobos. Y continúa nuestro viajero: “A unas tres leguas de La Represa, ascendimos la suave pendiente del amplio borde arenoso que lleva a las planicies superiores más septentrionales que terminan en el punto donde el Desaguadero vuelca sus aguas en el lago Bebedero”.

“Del otro lado, donde las corrientes formadas por las lluvias han cavado sus causes, se ve, bajo la superficie del suelo arenoso, una clara formación de la cal sulfatada, dispuesta en estratos casi transparentes: de aquí el nombre de Alto del Yeso”.

Continúa el viaje, y Miers, cada vez más intransigente y ansioso cuenta: “Los peones se detenían cada media hora para arreglar sus monturas, o bien para cambiar caballo. Cualquier excusa era buena para detenerse. Cuanta más ansiedad demostraba yo para adelantar camino, más resueltos parecían ellos a marchar a la velocidad que querían”. Las monturas nacionales que se hacían en el país en esa época, se aflojaban rápidamente y eran tan grande la cantidad de pilchas y piezas colocadas una sobre la otra, que se requería por lo

menos diez minutos para acomodarlas, a menos que estuviesen ajustadas con mucho cuidado. (la montura a que hace referencia el autor es el apero).

Sigue su marcha la pequeña caravana, y cuando alcanzan la parte superior de la cuesta llegan a distinguir el gran lago Bebedero. “La cumbre de esta cadena tiene siete leguas de ancho, esta cubierta por chañares, de diversas especies de algarrobos, mimosas, retamos, atamisque, jarilla, jume, vidriera, etc., con muchas otras plantas nuevas”. “A intervalos, esos matorrales se alternan con extensos manchones de pastizales pobres”.

“Después de descender por la ladera opuesta nos encontramos en la laguna arenosa de la travesía de tres leguas de extensión, cubierta de árboles espinosos”.

Río Desaguadero

A las dos y media, según escribe Miers, alcanzan las márgenes del río Desaguadero. “La superficie del terreno, en sus proximidades, se veía cubierto de una esflorescencia salina, formando en algunas partes una capa de sal bastante gruesa”.

El río corría muy por debajo del terreno, a casi “dieciocho pies” de profundidad. Se había formado un vado en la barranca que estaba cortada en declive, de manera que permitía el paso de carretas y coches, pero el camino que bajaba por ambas márgenes era sumamente empinado, tanto que debieron alivianar el coche para poder cruzar.

Casi como si estuviéramos viendo y viviendo ese momento, Miers nos describe: “Montaron en ancas de dos compañeros, pero como los caballos de esas tierras jamás han sentido el peso de una persona sobre las ancas, empezaron a patear, y a corcovear y uno de los hombres fue arrojado sobre las márgenes del río, escapando sin más daño que un buen chapuzón en el agua salada. El otro caballo también pateó y corcoveó al sentir el peso sobre las ancas, pero los jinetes consiguieron permanecer montados y llegaron a salvo hasta la otra orilla”. El río tenía en esa época un ancho de “cien pies” y tres de profundidad. “La corriente era clara y corría lentamente hacia el oeste”.

Descripción de la balsa y modo de cruzar el río

En este lugar existe una balsa para servicio de los pasajeros; está construida con dos canoas, de veinte pies de largo cada una, confeccionadas con troncos ahuecados de grandes árboles, unidas por medio de varios palos muy fuertes, sujetos con tientos: “se forma así una amplia plataforma sobre la

cual se amontonan los equipajes, las monturas y a ellas se confían también los propios pasajeros”.

“Sobre las riberas opuestas hay dos estacas muy fuertes fijas en el suelo en las cuales un lazo doble está tensamente sujeto. En el lazo hay un aro de hierro a través del cual se asegura la balsa por medio de una cuerda de cuero. Y el balsero, por medio de una cuerda transversal, hala esta plataforma flotante de un lado a otro a su placer”.

“El precio por cruzar es de medio real (tres peniques) para cada pasajero, y lo mismo para la carga de cada caballo”.

“Los animales cruzan a nado todos en montón y a uno se lo ata a la canoa con un lazo, pues sin esta precaución sería imposible reunirlos y atrapar a los demás”.

La cabaña que habita el balsero es un agujero miserable, oscuro e inmundado, según Miers. “El propio balsero es un individuo moreno de mal aspecto; la familia es un conjunto de criaturas medio desnudas, sucias y holgazanas y en la época en que estuvimos allí se encontraban desprovistos de toda clase de alimentos. No había ninguna clase de mobiliario, carecían de una silla, ni una mesa, y el rancho estaba lleno de suciedad y basura”.

Sin embargo, este ser miserable, según dice Miers, era hermano de uno de los jueces de Mendoza. “Un comerciante importante, conocido de todos los extranjeros, que se enorgullece de su afición a los usos y costumbres inglesas y cuya casa está bien provista de excelente mobiliario inglés”.

Volviendo a nuestra narración, después de cruzar el río los viajeros anduvieron una corta distancia por la Travesía y, según Miers, a las tres de la tarde alcanzaron la Posta del Desaguadero. Aquí cabe señalar que otros autores que describen el Camino Real a veces colocan la Posta de Desaguadero antes de cruzar el río del mismo nombre, otras veces después de cruzarlo, lo cual no invalida, a mi criterio, que ésta sea la última posta que cruzaban en la provincia de San Luis.

De todas maneras, vale la pena hacer una reconstrucción de lo que en esa época era Desaguadero y la zona circundante. Este lugar está situado en medio de la Travesía; “no hay aquí –dice Miers- la menor traza de vegetación, excepto los pocos arbustos espinosos y las plantas salinas que crecen en el desierto”. Se halla muy lejos de donde se encuentra el agua dulce.

Había sobre un costado del camino dos chozas, una de ellas consistía, simplemente, en un refugio abierto, con unos arbustos secos en los costados para romper la fuerza del viento.

“En ese cobertizo vimos –continúa el relato- cinco o seis hombres y mujeres en cuclillas sobre el suelo alrededor de un fuego que ardía en el centro, estaban medio desnudos y el largo cabello negro les caía libremente

sobre las espaldas, los rostros cobrizos y las miradas feroces dábanles aspectos de indios salvajes”.

La otra choza también era muy precaria, muy vieja, construidas de ramas revocadas con barro; estaba, según la descripción, techada con juncos, el marco de la puerta era muy bajo, tanto que se tenían que agachar para entrar.

En cuanto llegan a la posta y ven ese espectáculo tan atrevido para los ojos de un europeo, sienten temor, y es cuando Miers se acerca al maestro de la posta que era el de aspecto más salvaje de la reunión, y le ruega le proporcione caballos lo más rápidamente posible a fin de poder continuar su viaje hasta la otra posta en el día; a lo cual el maestro se niega aduciendo que no podría traerlos en tan poco tiempo y lo obliga a esperar hasta el día siguiente para poder proseguir el viaje.

La gente que acompañaba a esos viajeros, los postillones y peones se habían puesto de acuerdo con los lugareños y lo habían incitado a hacer esto como en otras oportunidades, para demorar y retardar el paso. Como vemos, la picardía de los guías fue más eficaz que las súplicas de los pasajeros. Miers trata de persuadirlo pero es en vano. Los compañeros de viaje de Miers se muestran temerosos y ansiosos por seguir camino, pues el aspecto de pícaros de aquella gente, les hace temer permanecer allí toda la noche. Y así es como pasan la noche en el cuarto revocado; como éste no tenía puertas, colocan el coche bien sobre la entrada y así atrincherados se encontraron satisfechos de su seguridad. Miers y su mujer durmieron en el coche, como lo hacían habitualmente.

Como cena comieron un poco de carne asada sobre las brasas, sin pan, como de costumbre entre la gente de ese lugar. La comida careció también de agua, pues se les había acabado y para conseguir más debían ir a buscar a una estancia llamada Tortugas, lugar hasta donde llegaba el río Tunuyán por un canal de “una milla de largo”. El agua se transportaba en dos barriles a lomo de caballo.

Lo que sí tenía el maestro de posta era un rico vino que obró como un bálsamo en los agitados ánimos. Sobrevino entonces la reconciliación y la gente del lugar entonó canciones al son de la guitarra, amparados por el calor del fogón. Sin embargo, el matrimonio inglés quedó disconforme por no tomar su té habitual, que debió ser reemplazado por un poco de leche que el maestro de posta supo proveer.

CAPÍTULO II

Peter Schmidtmeier (año 1820)

Peter Schmidtmeier es un personaje del que se conoce la obra –titulada “Viaje a Chile a través de los Andes”-, pero no los motivos que llevaron a viajar por América del Sud entre 1820 y 1821. A través de sus escritos se conoce que antes de realizar el viaje efectuó intensos estudios sobre la peculiaridad de las tierras que habría de visitar: El mismo refiere que “leyó todos los libros referentes a este continente”. Así preparado llegó a la Argentina y Chile, cargando un bagaje de información que en ocasiones brinda a los nativos.

El 8 de mayo de 1820, en un coche de dos ruedas fabricado en Buenos Aires, parte Schmidtmeier hacia el oeste, por el camino real, acompañado de un inglés y dos alemanes. Para el viaje se habían contratado tres peones, quienes se encargaron de colocar sobre los caballos los baúles donde se transportaban los enseres indispensables para la travesía. Estos baúles eran flexibles, confeccionados en cuero prolijamente repujado. Su peso no era excesivo. Amarraron uno a cada lado del caballo, y entre ellos dispusieron la ropa de cama.

En la caja del coche se instaló una buena provisión de yerba del Paraguay y té de china, azúcar, lenguas hervidas, e implementos para comer y hervir el agua. Más abajo colocaron, dentro de un cuero suspendido, sillas y bridas para montar en caso de accidente, algunas herramientas, bandas de cuero y un barrilito con agua, a pesar de la sugerencia de los peones, que se inclinaron por llenar el barril con vino de Mendoza.

Después de viajar largamente por las llanuras bonaerense y santafesina, Schmidtmeier anota lo siguiente: “Vemos ante nosotros, un poco a la derecha, una cadena de sierras, cuya vista era muy agradable, no obstante su aspecto árido, y nos alivió de la fatiga de mirar tanto tiempo a llanuras interminables”. Enfatiza luego: “desde Buenos Aires hasta este lugar, creo que no habíamos visto siquiera una loma”.

Después de recorrer ciento veinte millas desde Punta de Agua, en Córdoba, los viajeros llegan a Portezuelo, una aldea muy pequeña que yace en la extremidad más austral de las montañas de Comechingones. Es en este punto donde se inicia el viaje por la provincia de San Luis.

Este lugar tiene, a juicio de Schmidtmeier, un aspecto pintoresco. Sus escasas viviendas se mezclan con fragmentos de granito desprendidos de los cerros, y algunos durazneros crecen entre ellos. Dice textualmente el viajero el viajero: “Un trozo de terreno baldío con un poco de agua, forma con su verdor un fuerte contraste con la escena circundante, y una capilla en miniatura le informa al viajero que allí se realizan los ritos de la religión católica”.

Si bien esta posta no se encuentra en un lugar muy alto, ya se insinúa como un escenario montañoso y seco. Las corrientes barrosas y los terrenos pantanosos por los que habían transitado, han sido reemplazados por un suelo y una atmósfera tan secos que los guías han tenido que cubrir las varas y las ruedas de los coches con bandas de cuero mojado para evitar el desecamiento y la quebradura de la madera.

El coche es guiado en estos terrenos con buen galope, por uno o dos postillones. Los caballos que cargan los bultos son mantenidos al mismo paso por los peones de a caballo, que los castigan con lonjazos para evitar que se desvíen y se salgan de la huella.

“Es tarea ruda para esos hombres, que se hallan todo el día en continuo ejercicio y que en las noches ayudan a preparar la cena”. La cena culmina cuando se apaga el último cigarrillo, cerca de las diez u once de la noche. Inmediatamente, los peones se disponen a descansar acostándose en el suelo, generalmente al aire libre. Al día siguiente se levantan al alba, par vigilar que se reúna la tropa de caballos del campo de pastoreo al corral, y para tener tiempo de encender el fuego y tomar algunos mates.

Descripción del suelo

“No pude descubrir piedra alguna hasta hallarme a cuarenta o cincuenta millas de Potezuelo”, consigna Schmidtmeyer en su relato. Al entrar al territorio de la provincia había notado la existencia de granito rojo, principalmente en las sierras, confundido en manchones de trébol y cardo.

La estratégica ubicación de la Posta de Potezuelo, sobre la antigua ruta colonial donde comienza el camino real que penetra en nuestra provincia, y el hecho de ser la primera posta, confieren al lugar un valor histórico extraordinario.

Partida del portezuelo

Los viajeros ingleses dejan el Portezuelo el 13 de mayo, no sin antes hacer mención de la capilla en el diario de viaje. “La pequeña capilla está cubierta y reluce de entre las rocas con adornos”, dice Schmidtmeyer, y se detiene en ciertas particularidades del culto que llaman su atención. “Una ceremonia muy impresionante en estas aldeas es la de la oración”, dice. A la mañana o a la tarde, ni bien tañen las campanas, todo el que se halla a una cierta distancia para oír, se detiene y hace una corta plegaria; algunos se arrodillan y otros simplemente se descubren. El cronista señala que, a su juicio, es extraño ver una ceremonia de tanto recogimiento en un pueblito tan pequeño. “La paralización repentina que sufren así las ocupaciones más afanosas, es imponente. Donde hay “protestantes” (sic), también se detienen y se quitan el sombrero. La plegaria no dura más de un minuto o dos”.

Puntualiza Schmidtmeyer que en el momento de partir, pese a que el sol se hallaba en el solsticio de invierno, hacía un gran calor y reinaba sobre la aldea el sueño y la indolencia. Tal como lo hemos escuchado de otros viajeros, el

momento de la partida resulta particularmente molesto para los extranjeros; Schmidtmeier se queja de la lentitud de los lugareños: ya es hora de partir los caballos aún están sin atar al coche.

De vuelta ya sobre el Camino real, rodean un gran cerro –seguramente se trata de El Morro-, y descubren sobre el horizonte la silueta de las sierras de San Luis. El terreno se inclina y se ondula suavemente. Cruzan el pequeño río Quinto, “de agua cristalina, que serpentea con bellas vueltas y tiene sus orillas cubiertas apenas con algunos árboles y matorrales mezquinos, en su mayoría, algarrobos y espinos”, refiere el inglés. Este río corre cierto trecho hacia el sudeste y pierde su curso en pantanos, igual que el río Cuarto. Presa de la nostalgia, Schmidtmeier compara estos ríos con el New, que corre cercano a Londres, y dice que por más que unieran sus aguas, nunca igualarían el caudal de su hermoso río New.

Al rodear la extremidad o punta de la sierra de San Luis, se alcanza a ver a lo lejos la pequeña ciudad que lleva ese mismo nombre, llamada por su situación geográfica “De la Punta”. Pero la ciudad aún no preocupa a nuestro viajero, que prefiere describir el paisaje serrano. Calcula la altura de las sierras y concluye que debe rondar los mil doscientos o mil trescientos pies desde su base. Observa la vegetación y las características del suelo: “Tiene el aspecto de tierra endurecida, de formas lisas, sin estratificación alguna”. Nota, sin embargo, la presencia de rocas calcáreas subyacentes.

Los árboles también captan su atención. Toma nota de la presencia del algarrobo, de agudo color verde claro, pero con escaso follaje. “Vimos pequeñas higueras (...) cuyos tallos blancuzcos producían un bello efecto al contrastar con las hojas verdes oscuras”. Habla también de durazneros, manzanos y nogales, que indican la proximidad de las viviendas en el camino de entrada a San Luis. Nuevamente recuerda los árboles de su tierra, y halla a los nuestros más pequeños, menos verdes, etc.

El camino que conduce a la ciudad tiene otras cosas interesantes. Schmidtmeier se encuentra con un intenso tránsito de mulas y carretas, que transportan productos y mercaderías entre Buenos Aires y Mendoza. Al ver estos viajeros, el inglés toma conciencia de la cantidad de leguas que han recorrido, y califica de proeza el haber llegado a San Luis sin ninguna avería en su coche, lo cual hubiere significado abandonar el vehículo y continuar a caballo. “Debe considerarse como una excepción de lo que ocurre generalmente”, asegura.

San Luis

A una distancia de noventa y tres millas de Portezuelo, se encuentra San Luis, “la pequeña ciudad”, anota nuestro viajero. Está situada sobre el lado oriental de la cadena montañosa.

Las casas, dice el extranjero, están construidas de adobe y tiene extensos terrenos adyacentes. “El aspecto es el de una población floreciente”, dice Schmidtmeier.

Los cercados están formados principalmente por paredes de barro, de cinco a diez pies de alto. Como en casi todas las construcciones cuyanas coloniales, se encuentra presente esta característica. Estos cercados se levantan en forma casi artesanal, ya que cada adobe debe ser hecho en un molde de madera, que se cambia a medida que la obra avanza. Esto hace que la pared recién construida tenga el aspecto de haber sido levantada con grandes piedras talladas, opina el inglés. Este tipo de cercado aún se conserva en algunos lugares de Chile.

El inglés observa que en los predios limitados por estas paredes de barro se cultivan alfalfa, trigo y cebada, y también viñas, higueras, olivos, naranjos y limoneros, manzanos y durazneros. De cuando en cuando se advierte la presencia de un álamo o de un ciprés.

Dedica unas horas de su jornada a recorrer la ciudad y a tomar nota de sus particularidades. Observa que no todas las viviendas son pequeñas y humildes, hay algunas casas grandes y rodeadas de terrenos cultivados, que tienen el aspecto de ser habitadas por familias de fortuna.

Advierte, con ojo experto, que la ciudad tiene escasa protección en caso de producirse un ataque indígena o la embestida de una banda de salteadores. La guarnición militar está sostenida por un jefe y algunos soldados. Cabe recordar que es en esta época que San Luis vio disminuida su población masculina a raíz de las levas para la campaña libertadora de San Martín.

En compañía de los otros viajeros, visita al Gobernador para cumplimentar el trámite de control de los pasaportes. No hace ningún comentario sobre este hecho, solamente reflexiona sobre la importancia que tiene para un extranjero llevar siempre consigo este documento.

La distancia desde San Luis a Mendoza es de doscientas cuarenta y seis millas, según Schmidtmeier. Siempre en dirección oeste, recorren treinta millas hasta llegar cerca de un pequeño lago llamado Laguna del Chorrillo “que yace al sur del camino; otra vista que por su novedad nos agrado mucho”. Se trataba de un pequeño espejo de agua, que se ofrecía inesperadamente en un lugar llamado con toda justicia “desierto”. Aquí se encuentra la Posta del Chorrillo, que los viajeros dejan atrás casi inmediatamente.

Cruzan el desierto, que es una planicie ascendente que se extiende por más de cincuenta millas, sin encontrar más que un débil manantial que en algunos tramos estaba seco.

Después de descender un suave declive llega a la Posta de Desaguadero; “una vivienda miserable”, dice Schmidtmeier. Los peones hicieron un asado y

en un asador de madera colocaron un trozo de carne. “Un pintoresco recurso de los peones, suplió la falta de platos”, dice el inglés.

El río Desaguadero traía poco agua y estaba cubierto de juncos donde se desarrollaba una nutrida colonia de patos salvajes, gansos y cisnes.

Gracias a un bosquejo de un grabado tomado en el lugar, “vemos la tropa de caballos que son conducidos al corral, donde se elegirán algunos para cubrir la próxima etapa del viaje. Se hace entrar a todos los caballos para que no pierdan el hábito de andar juntos”.

CAPÍTULO III

Francis Bond Head (año 1825)

Francis Bond Head, ingeniero militar inglés, fue nombrado en 1825 gerente en la Argentina de una compañía minera, la “Río de la Plata Mining Company”, firma que por esa época era una de las que se constituyeron para explotar la incipiente riqueza minera del país. Llegó a Buenos Aires junto con otros técnicos y maquinarias dispuestas para tal fin. Además trajo algunos mineros de Cournales, con los cuales realizó dos viajes a la región andina. En dos oportunidades pasa por ésta provincia y visita La Carolina. Luego permanece en la ciudad de San Luis, tomando notas sorprendentes sobre nuestra forma de vida.

En 1826 retorna a Inglaterra ya que la compañía para la que trabaja carece de perspectivas, y ese mismo año publica en Londres sus impresiones a cerca de nuestro país.

La vida y obra de Head nos lo muestra como un ser que apreció, en toda su dimensión, esta tierra. Fue un observador sutil, y por momentos fascina su forma de escribir, aún cuando sus notas fueron redactadas tal vez un poco apresuradamente y con escaso cuidado. En “Las Pampas y los Andes” podemos ver que no carecía de talento literario. Nos ofrece en esta obra un acercamiento a interesantes facetas de la realidad argentina de la época.

Acompañado por dos respetabilísimos capitanes de minas de Cornwall, un “entallador” francés que había sido educado por el célebre Vauquelin, un agrimensor y tres mineros, anduvo por las grandes llanuras de las pampas rumbo a las minas de oro de San Luis y después a las de Uspallata, más allá de Mendoza, a mil millas de Buenos Aires. Suscintamente, así es como comienza su viaje en estas tierras.

Deja su gente en Mendoza y regresa a caballo a Buenos Aires salvando la distancia en sólo ocho días (récord para esa época). Llega a Buenos Aires y allí recibe cartas que hacen necesaria su presencia inmediata en Chile y, en consecuencia, vuelve a cruzar la pampa, juntándose con sus compañeros en Mendoza. Con ellos cruza los Andes hasta Santiago de Chile, de allí se dirige a distintos lugares, sin dilación alguna, por diversos rumbos; hizo 1200 millas para inspeccionar minas de oro y plata. Y la noche que termina sus informes salen de nuevo para volver a cruzar la cordillera. Deja parte de sus compañeros en las llanuras, cabalga sólo nuevamente hasta Buenos Aires y, llegado a la metrópolis despide a una parte de los mineros y con el resto regresa a Inglaterra, de donde nunca vuelve.

“El único fin de mis viajes fue inspeccionar ciertas minas. Bajamos al fondo de todas y con la ayuda de los individuos que me acompañaban hice lo mejor que pude un informe circunstanciado de cada una”, dice en la introducción.

Recorrió más de seis mil millas en nuestro territorio. Se puede decir que galopó contra el tiempo durante largas jornadas, expuesto al sol quemante del estío. Fue enorme el esfuerzo que realizó, durmiendo al aire libre, en el suelo, alimentándose principalmente de carne y agua.

Dice Head al comienzo de sus notas “en mis viajes no llevaba un diario regular porque el país que visitaba era una llanura sin fin o montañas desiertas; pero en ocasiones escribía notas desaliñadas, describiendo cualquier cosa que me interesase o advirtiera”.

Estos comentarios, dice Head, fueron escritos en gran variedad de circunstancias: a veces cansado, otras descansado, a veces con una botella de vino por delante, otras con un chifle lleno de agua sucia salobre, “y unas pocas fueron redactadas a bordo del paquebote”. Esto dice respecto de sus escritos: “Las tracé solamente para distraer el ánimo, embargado por una responsabilidad a la que no estaba acostumbrado y por lo tanto están necesariamente en aquel estado incoherente, inconexo, que las hace –bien me percató- poco propósito para afrontar la mirada crítica del público; además, como ha sido mi desdicha ver el fracaso de una compañía minera, presenciar la pérdida que ha sufrido; como estoy persuadido de que esos fracasos han provenido de nuestra ignorancia del país, he resuelto entregar al público los pocos apuntes que poseo, y aunque bien sé que su índole es demasiado trivial para proyectar mucha luz sobre el tema, no obstante acaso ayuden a hacer ‘visible la oscuridad’, y confío que el estado rudo, áspero en que aparecen al menos pruebe que no me propongo otra cosa”.

La descripción que Bond Head hace del camino y las postas es en general muy similar a lo que cuentan con gran minuciosidad los distintos viajeros que cruzan por nuestra provincia, y que han sido citados en las páginas anteriores. Sin embargo, he considerado pertinente incluir su obra para rescatar la visión poética con que describe las formas de vida y costumbres de nuestros pobladores.

Modos de viajar

Para hacer un viaje de Buenos Aires a Mendoza –dice Bond Head- existen sólo dos medios: en carruajes o a caballo. Los carruajes no tienen elásticos de madera o hierro, pero estaban ingeniosamente provistos de sopandas de cuero que los hacían bastante cómodos. Había dos clases de carruaje: un coche largo de cuatro ruedas como furgón (sin portezuela atrás) tirado por cuatro o seis caballos y con capacidad para ocho personas, y otro más chico, de dos ruedas, de la mitad de largo que el anterior y generalmente tirado por tres caballos.

En oportunidad de cruzar por primera vez las pampas, Bond Head compra para su gente un gran carruaje y también un enorme carro techado de dos ruedas que transportaba dos mil quinientas libras de herramientas para las minas.

Contrata un capataz, encargado luego de tomar a su cargo los peones que iban a conducir los vehículos hasta Mendoza, tarea por la cual cobrarían treinta o cuarenta duros cada uno. En los días previos a la partida el capataz compra una buena cantidad de cueros, que luego manda cortar en largas tiras de tres cuartos de pulgada de ancho. La lanza y casi toda la caja del carruaje se ligaron fuertemente con cuero mojado que, una vez seco, se encogió formando una atadura tan fuerte como si fuera de hierro.

Bond Head se sorprende de estas tareas y le presta mucha atención porque además recubren con estos cueros también las ruedas, de modo que, efectivamente, rodaban sobre cuero.

Todos los ingleses del contingente se rieron y apostaron que esa envoltura no duraría y que se cortarían antes de salir del empedrado de Buenos Aires. Ni falta hace decir que aguantó perfectamente las setecientas cincuenta millas, y solo se bañó con el filo de ciertas rocas de granito por las que se vieron obligados a pasar.

Otro de los recaudos que tomaron antes de la partida fue el aprovisionamiento de víveres, ya que les habían advertido que poco era lo que se podía conseguir en las pampas fuera de carne y agua. Adquieren entonces gran cantidad de pan, huevos, frutas, té y aguardiente de cerezas.

Todos emprenden el camino alegremente, según lo relata el propio Head, y consisten en afrontar las dificultades lo mejor posible, lo cual –agregamos nosotros- constituye desde siempre la mejor manera de viajar, sin fastidios ni problemas, en cualquier país que se visite.

El conjunto de hombres que componían este grupo eran sumamente heterogéneo, estaba conformado por negros y blancos, del cual dice Bond Head: “nunca se formó conjunto más extravagante”. Tenían seis caballos en el carruaje –cada uno montado por un peón- además del que montaba el líder del

grupo. Recorrer más de novecientas millas por las pampas en estas condiciones constituye un hecho sorprendente, casi una proeza.

Los ranchos llamados “postas” se hallan a diferentes distancias pero, término medio, cada veinte millas.

Un hecho que asombra y provoca admiración entre los ingleses es la forma en que nuestros compatriotas manejan los caballos, además de su manera de comportarse, totalmente adaptada a las circunstancias. “Ellos tiran a la cincha en vez de pechera, y, teniendo un solo tiro, en terreno áspero pueden aprovechar todos los lugares firmes, donde el terreno solamente aguanta una vez, cada peón toma su senda y las patas de los caballos van libres y desembarazadas”. Para atar o desatar, los peones solamente enganchan o desenganchan el lazo del recado y esto –dicen los ingleses- es lo más sencillo que hayan visto. Bond Head anota: “A menudo pensaba qué admirable sería en la práctica este modo de andar para las tareas especiales de aquella rama noble de nuestro ejército real, la artillería montada”.

Otra cosa que los sorprende es la velocidad de los caballos en viaje: a pesar de las dos mil quinientas libras de carga que llevan, van a la par del carruaje a galope corto. Y cuando se juntan, o marchan a la par, los hombres gritan y dan alaridos, y el eco resuena en la llanura “¡Ah, mi patrón! ¡Mi patroncito!”, galopando detrás de Bond Head.

Los ingleses admiran la destreza de cabalgar, de tratar a los caballos, “a veces cruel”, dice Head, pero no puede ser de otra manera. Los caballos no trotan, galopan, y esa es la gran diferencia. Son eximios jinetes: los británicos se quedan boquiabiertos cuando, yendo al galope sueltan las riendas sobre el pescuezo del caballo, sacan del bolsillo una tabaquera con picadura y, con un pedazo de papel o chala, arman cigarrillos y luego los encienden con el yesquero.

Cabalgando por las pampas nuestros viajeros observan algo digno de mención: una constante sucesión de gauchos, observándolos. Se dan cuenta que los muchachos y los viejos andan más rápido que los jóvenes. Los muchachos carecen de discernimiento, pero son tan livianos y atrevidos que se deslizan por el campo muy ligero. El gaucho anciano es buen jinete y, aunque su paso no es tan rápido como el del muchacho, sin embargo, por ser constante y uniforme, llega a la meta casi al mismo tiempo.

Al principio el galope constante dejaba a nuestro viajero muy aturdido, tanto que apenas se tenía en pie, pero luego se fue acostumbrando y la travesía se convirtió para él en “la vida más deliciosa posible que se pueda disfrutar”. Dice: “Es deliciosa por su variedad y por la manera natural de reflexionar que fomenta pues, en el gris matinal, cuando el aire está todavía helado y tónico, cuando los ganados parecen salvajes y amedrentados y, cuando la naturaleza entera tiene aspecto de juventud e inocencia, uno se permite sentimientos y meditaciones que es tan agradable acariciar; pero el calor diurno y la fatiga corporal gradualmente traen a la mente la razón; antes de ponerse al sol

muchas opiniones se modifican y, como en la tarde de la vida, se ven atrás con melancolía las apacibles locuras de la mañana”.

Rumbo a la ciudad de San Luis

Al quinto día de la salida de Buenos Aires llegan nuestros amigos a la Posta de El Morro. A este espacio infinito vigilado por la montaña, que siempre está un poco más allá y cuyo sobrecogedor silencio apenas se quiebra con el galope de los caballos, o el balido de algún rebaño, o los alaridos de alegría de los peones espoleando los caballos, llegan estos hombres vencidos por el hambre y el sueño. Clavada en medio de esta inmensidad se encuentra la Posta de El Morro.

Francis Bond Head es un verdadero poeta al retratar con minuciosa sensibilidad y hondo compromiso humano la pequeña historia cotidiana; las pinceladas críticas y cargadas de humor asoman aquí y allá. Y sobre todo la presencia de la naturaleza es un elemento dominante, porque de ella extrae imágenes de imponente belleza, porque uno siente al lado de sus descripciones que la trivialidad de los hechos es solo aparente, que el pequeño retrato de los que les ocurre durante el viaje y el paso por esta provincia, cuando se lo traza con pincelada sutil, esconde muchas verdades sobre la condición del hombre de esta tierra. Esto no nos debe avergonzar, muy por el contrario, porque uno siente lo provinciano muy cerca, en las vertiginosas cabalgatas, en el aire frío del amanecer o en el viento que dibuja formas en la hierba, o en la descripción de los míseros lugares donde deben dormir, o en el sabor de las comidas con que nuestros comprovincianos los agasajan –aunque se trata de un trozo de carne mal asado o un trago de vino refrescante-. Todos estos elementos hacen de la lectura de esta obra un verdadero placer.

A la ciudad de San Luis, que se encontraba a una distancia de treinta y seis millas, llegan con los caballos agotados de tanto cabalgar y el sol ya casi ocultándose. Arriban primero a un rancho en las cercanías de la ciudad, donde una muchachita les informa que se hallaban cerca de San Luis.

Llegan y preguntan si hay alguna fonda o lugar donde dormir, a lo que la gente del rancho contesta “No hay señor, no hay”. Preguntan si hay camas; la respuesta es “No hay, señor, no hay”, y luego “¿Hay café? Y otra vez “No hay, señor, no hay”, siempre exactamente en el mismo tono.

Como vemos, era inútil seguir insistiendo. Al fin llegan a la ciudad y encuentran la posta. El maestro de posta estaba en la puerta, y ante las preguntas de los viajeros contesta “Lo que quiera, señor, tenemos de todo”. El maestro explica que tiene <<carne de vaca y gallinas>>. Piden gallina y se retiran a descansar, en una cama que dejaba mucho que desear. Luego nuestro relator busca un guía que lo lleve a la casa del gobernador, pues era

de noche y se veía poco. De acuerdo con la fecha en que Head visita San Luis, estimamos que se trata del gobernador José Santos Ortiz.

El mandatario no se encontraba en la casa, por lo que es recibido por la esposa, sentada en la cama y rodeada de damas. Al ingresar en la habitación las mujeres le ofrecen asiento pero él se niega y se dirige rápidamente en busca del coronel de la milicia, quien tampoco se encontraba en su casa.

Este singular hecho -el inglés visitando formalmente a la gobernadora en su propia habitación está relatado por un antepasado de quien esto escribe, Carmen Guiñazú de Berrondo, quien lo transcribe en su libro "El búho de la tradición" con un estilo muy agudo y ameno, en un tono casi risueño. Para ella esta descripción es ofensiva y casi imposible de creer, pero es muy valiosa su observación. "Cuenta el aludido señor (Bond Head) que en ausencia del gobernador (en este caso como en otros se ha olvidado de anotar apellidos quien sabe si por falta de memoria o por exceso de prudencia) lo recibió la esposa sentada en la cama". "El hecho es dudoso, -continúa Carmen Guiñazú de Berrondo- pues nuestras abuelas eran lo bastante recatadas como para permitir a un extranjero penetrar en el santuario de sus intimidades. Muchas de las señoras de aquella época se instruyeron en colegios religiosos de Córdoba, Mendoza o Santiago de Chile, institutos de refinada educación...".

Con respecto de este hecho debemos decir que un caso de similares características es relatado en 1822 por la dama inglesa María Graham en su libro "Diario de mi residencia en Chile". Dice María Graham: "Visité a doña Mercedes del Solar, cuyo padre Don Juan Enrique Rosales, fue uno de los miembros de la primera junta del gobierno revolucionario de 1810. Es una hermosa y distinguida señora, conoce bastante bien la literatura francesa y habla el francés a la perfección. Me recibió en su dormitorio que, como he dicho antes, es usado con frecuencia como sala de recepciones". Y continúa: "Rodeábanla graciosos niños y algunas lindas sobrinas. Tenía junto a ella una pequeña mesa con libros y útiles de costura y delante un gran brasero de plata maciza artísticamente labrado, y con tenazas de plata cincelada. Ya había visto otros de la misma clase, pero aquí parecía guardar armonía con el resto del mobiliario y con las personas".

Como podemos comprobar era esta -recibir en el dormitorio- una costumbre muy chilena difundida como otras costumbres de la época muy probablemente en casi todo Cuyo.

Retomando nuestro relato lo cierto es que Bond Head fracasó en sus intentos de ser recibido por alguna autoridad. Al llegar al cuartel lo hacen acompañar de regreso a la posta y se imparten órdenes de que sea bien tratado. El retorno a la posta es una caminata a la luz de la luna, "no se ven casas sino huertas cercadas con tapias", observaba nuestro viajero.

Una nueva frustración le espera a Head al llegar a su hospedaje: la cena no ha sido preparada. La gallina que el inglés esperaba servir en su plato aún está viva en los brazos de una muchacha, envuelta en un poncho.

Se conforma entonces con un enorme queso que le tiende la muchacha, quien insiste que lo tome entero, ya que no puede ofrecerle pan. Bond Head se retira a su cuarto, una habitación blanqueada, con el piso muy sucio y una cama en mal estado, come un poco de queso. Permanece algunos minutos filosofando sobre el estado de la provincia de San Luis y, finalmente, se queda dormido.

Viaje a La Carolina

Salen de San Luis muy temprano a las minas y lavaderos de La Carolina, situada en las sierra al norte de la ciudad. Al avanzar arrian una tropilla de caballos.

Al medio día llegan al punto donde el camino comienza a subir. Los caballos se detienen al borde de un precipicio cortado a pique, que termina en un torrente. Formando semicírculos alrededor de ellos, los peones tratan de mantenerlos juntos por medio de lazos, pero los animales se encuentran muy asustados. Los hombres temían que rodaran todos al precipicio, cuando sorpresivamente uno de los caballos cae al vacío y queda colgado “del modo más extraordinario”: de las patas delanteras, con el hocico tocando el suelo.

Con una destreza que deja a todos estupefactos, un peón enlaza al caballo de la cola. Luego todos tiran y con gran esfuerzo consiguen sacarlo. Cuando Head que mientras era izado, el caballo permaneció inmóvil, poseído por la certeza de que un sólo movimiento hubiera sido fatal.

Continúan la senda montañosa que se vuelve cada vez más escabrosa, tanto que por momentos deben apearse y continuar a pies.

Por la tarde llegan a un arroyuelo que los conduce a un rancho miserable cerca de la mina. Un hombre les ofrece dormir debajo de una ramada (tan típica de nuestro campo), oferta que los viajeros se apresuran a aceptar. Recorren después el pueblito donde encuentran gente muy pobre, que los recibe como a “unos ingleses ricos que les van a dar de todo”. Pero la realidad no es así, ya que ellos vienen solamente a inspeccionar las condiciones en que se hallaban las minas (lo cual no es tema de este libro).

Esa noche pernoctan en el suelo de la ramada mientras duermen, iluminados por la luna, sienten acercarse a un perro muy bravo que los olfatea y finalmente se acuesta entre ellos.

Todo el día siguiente transcurre en las minas y lavadero. Por la tarde se dirige Head a una de las viviendas de los lugareños y se agacha a buscar oro en el jardincito. “Realmente pude encontrar pequeñísimas partículas, y era singular dar con tal producto en jardines de gente pobrísima”.

Destaca Head que los lugareños no aceptan duros –que circulan en toda Sudamérica- a cambio de pepitas de oro, porque las costumbres para ellos es trocar oro por plata. Ante el ofrecimiento de los ingleses se rehúsan al intercambio y contestan “no vale nada”. Dice al respecto Head: “Entre montañas tan salvajes, la verdad moral de su afirmación penetra muy fuertemente en mi cerebro”.

A la mañana siguiente emprenden el regreso a San Luis, distante unas sesenta millas.

Según se desprende de la lectura de sus notas, Bond Head pasó dos o tres veces por San Luis. Hay que destacar la observación que hace del hombre de campo, la descripción de sus costumbres, y la maestría con que relata sus encuentros por los caminos con personajes del lugar, tanto hombres como mujeres, o sus enfrentamientos –sin consecuencia fatales- con los indios.

De su último paso por la provincia rumbo a Buenos Aires fueron tomados los siguientes pasajes, sumamente interesantes.

En la posta de Desaguadero

Después de galopar cerca de una hora viniendo esta vez de Mendoza, llega el viajero a las márgenes del río Desaguadero, al que encuentra muy crecido, hondo y rápido. No encuentra en el momento más que una balsita donde colocan el equipaje y tratan de cruzar el río, luego se preparan para pasar el carruaje, hasta la posta de Desaguadero. Bond Head se saca la ropa y la coloca en el bote, al cuello se ata un pañuelo de seda y allí coloca el reloj para que no se moje. Luego se echa con su caballo al río, que nada muy bien hasta la otra orilla. Al llegar un gaucho le comunica que debe abonar una suma de dinero por cruzar el río; Bond Head responde que pagará una vez que cruce el coche.

Preparan el coche para bajarlo al río atado por delante y detrás con fuertes sogas. El vehículo desciende lentamente por una barranca de más de 45 grados, pero a pesar de que era sujetado por caballos y peones, entró al río casi volcado y hubo que enlazar muchos caballos para enderezarlo.

Finalmente logran cruzar, con el coche sumergido hasta la mitad de su altura.

Dice Bond Head: “Encontré el sol tan fuerte que varias veces nadé a caballo para refrescarme y luego galopé por la orilla opuesta al río y no puedo expresar la sensación deliciosa de libertad e independencia que se disfruta galopando desnudo en un caballo en pelo”.

Continúa su camino hacia la Posta de La Represa, que es la última antes de llegar a San Luis, distante 51 millas, mudando caballos de los que llevan sueltos delante del coche. Esta etapa es el ejemplo más típico que conoce

Head de Sudamérica, y la cuenta así: “Salimos galopando con setenta caballos por delante. Todos iban sueltos, y el campo era de arena caliente, cubierto de árboles y zarzales. Los árboles principales son algarrobos de forma y tamaño de manzano y lo suficientemente altos como para ocultar los caballos. Este arreo de animales salvajes iba a cargo de un peón y un muchacho y era sorprendente, cuando yo galopaba por el camino, ver a estos sujetos cruzar constantemente como flecha a la senda delante de mí, en persecución de los caballos, que nunca se veían en el camino. En llanuras pastosas también es admirable ver cómo se arrean las tropillas de caballos y es bello ver el despliegue de equitación, viendo a los gauchos a todo correr entre los árboles, a veces en el costado del caballo, y otras agachados sobre el pescuezo para evitar las ramas”.

El camino así descrito nos da una idea de cómo era en aquella época. Es una senda, un espacio despejado de grandes árboles, pero a menudo cubierto de arbustos que se doblan al paso del carruaje o de los caballos.

Llegan a la posta dos horas antes que el carruaje y encuentran que la cena ya estaba lista. El maestro de posta es hermano del gobernador de la provincia, y en el momento de arribar el contingente se encuentra en la capital, visitando a su hermano.

Duermen aquella noche en la posta, o más bien afuera, en el suelo. Y dice Head: “era curioso ver por la mañana los diferentes grupos de gente que también habían dormido allí, vistiéndose –hombre, mujeres y niños- todos se sentaban como recién salidos de la tumba, rascándose, restregándose los ojos o atándose la ojotas; las gallinas picoteaban a su alrededor particularmente donde habíamos cenado. Los perros grandes caminaban muy despacio con la cola entre las piernas en dirección al corral, donde había provisión de alimentos para ellos. Los chicos todavía dormían, cada uno en un cuero de oveja, en el suelo sin almohada, tapados solamente con un pedazo sucio de frazada, y a veces las gallinas se les encaramaban encima”.

Después de esta escena tan patética –y parecida a muchas otras que refiere Head- dejan la posta de La Represa y galopan hacia San Luis, ciudad que visitan –calculamos- por tercera vez.

El maestro de posta de San Luis le comunica que debe ir a ver al gobernador, que lo está esperando a raíz del problema que se suscitara con el hombre que lo interceptó en Desaguadero y que –según Head- le quiso cobrar demasiado por cruzar el río. Ese hombre resultó ser un juez de la provincia.

Nuestro viajero busca un saco blanco de hilo entre las ropas que traía en las maletas. Cabe recordar que éstas se habían mojado completamente al hundirse el coche que las transportaba en el cruce del Desaguadero. A pesar de que lo encuentra todo mojado, se viste lo mejor que puede y parte hacia la casa del gobernador. Como conoce el camino, parte con el juez y el ordenanza.

Encuentra al gobernador parado en medio de la plaza, rodeado de algunos oficiales y una tropa de reclutas que serían despachados a Buenos Aires. Este, conocedor de lo acontecido con el juez de Desaguadero, le permite que de su propia versión de los hechos. El inglés, que se manifiesta respetuoso de gobiernos y jueces, objeta la conducta del juez sosteniendo que no se encontraba vestido en aquel momento como correspondía a su investidura, sino que “estaba envuelto en un poncho sucio, bebiendo aguardiente con los gauchos”. Explica las circunstancias y el gobernador amablemente zanja la cuestión y da por terminado el problema. Además dispone que su propio herrero componga el coche, que se había averiado en el río.

Mientras se realiza la reparación nuestro viajero recorre la ciudad. Cada casa –observa Head- tiene un jardín amplio donde hay frutales (higueras, parras y durazneros). Las paredes de los jardines con frecuencia dan a la calle, lo que confunde a los viajeros ya que dentro de esas paredes y en medio de esos árboles se encuentran las casas, algo típicamente cuyano. Llama la atención también a Head que la población tiene la costumbre de dormir de doce a cuatro o cinco de la tarde. Como vemos, la siesta sigue fuertemente arraigada. Dice el inglés de los pobladores de San Luis: “Están lejos de tener lujos”.

A pesar de que ya es tarde deciden emprender camino hacia la siguiente posta, una antes de llegar a la del Morro –estimamos que se trata de la Posta del Río Quinto-. Head galopa sólo por la inmensidad de la llanura. Han atravesado ya la zona de monte, y ahora transitan extensiones cubiertas por paja oscura y amarilla que, exceptuando unos pocos árboles diseminados, es la única vegetación que se ve. “La paja es la producción única, y en verano, cuando está alta, es lindo ver el efecto del viento pasando por esta extensión salvaje de pasto ondulante; los matices entre el oscuro y el amarillo son bellos –el espectáculo plácido, más allá de toda descripción- “(…)” No se ve ninguna habitación ni ser humano, excepto en ocasiones, la salvaje y pintoresca silueta del gaucho y del horizonte”.

“El poncho escarlata volándose por detrás, las boleadoras girando encima de su cabeza y, cuando se agacha hacia su presa, estirando todos los nervios del caballo, delante va el avestruz que persigue”. Como si no pudiera separarlos, Head pasa de la descripción de la naturaleza a la de los tipos humanos, y nuevamente a la naturaleza: “El campo, en esa parte, no tiene rasgos sorprendentes pero posee, como toda la Naturaleza, diez mil bellezas. Tiene también la grandeza y magnificencia del espacio, y hallé que cuanto más se cruza, más encantos se descubre”.

En esta meditación, continúa al galopito el camino hacia la siguiente posta. Disminuye la velocidad de su cabalgadura pues casi no distingue el camino y, más que a la oscuridad que lo rodea, teme a las vizcachas, que constituyen el peligro más terrible para los jinetes de esta zona. Ansía llegar a la posta, pues era el rancho más cercano que podía alcanzar pero, en su marcha a ciegas, se topa con un gaucho que le advierte que es imposible seguir andando en esas condiciones. Lo mejor es no continuar, dice, pues el camino está infestado de vizcachas, e inmediatamente desmonta y desensilla. Head decide aceptar el

consejo y se dispone, con su circunstancial compañero, a pasar la noche en ese lugar para lo cual preparan las monturas como cama. “No veía nada –relata-,pero el gaucho y yo hicimos camas juntas”. Al acostarse, el gaucho tomó las riendas de su caballo y lo ató alrededor de su cuello; al instante se durmió.

Hacia la media noche Head se despierta ante la inminencia de una tormenta anunciada con truenos y relámpagos. La oscuridad les impide encontrar un lugar donde refugiarse, por lo que se limitan a taparse con la corona de la montura, que en tiempo seco sirve para acostarse. Se despierta nuevamente al amanecer, pero esta vez la causa es el sol y el calor húmedo. A lo lejos siente una canción alegre: es el gaucho, que viene con el caballo. El animal ha extraviado el freno, pero Head hace unas riendas con sogas y prosigue su marcha hacia la posta, distante trece millas.

Allí, en la Posta del Río Quinto, desayuna, mientras le consiguen otro caballo. No hay pan, ni leche, pero consigue dos huevos y una anciana le calienta charqui en las brasas. De pronto, es rodeado por mujeres y muchachas, mal vestidas y semidesnudas, que le piden si puede darles yerba o azúcar; le piden “por caridad”.

Una vez ensillado el caballo, continúa su camino al galope, con una sensación de bienestar y, sintiendo el aire en la cara, ve el paisaje que rodea al Morro y se llena de admiración. También lo regocija la estampa de unos muchachitos que ve pasar cabalgando, antes de llegar a la posta y dice: “es la tela de la naturaleza no hay figura más bella que el niño que anda bien a caballo; el traje pintoresco del gauchito aumenta muchísimo su gracia (...) aunque la forma del cuerpo va oculta por el poncho, la manera de acompañar el movimiento del caballo es particularmente elegante”.

Admira la forma de montar trepando por la cola a los caballos de los pequeños, que no alcanzan el lomo, como los adultos. Todo es un juego para ellos, trepar por la cola de los caballos y galopar sorteando las cuevas de las vizcachas lo divierte muchísimo.

Cuando llega al Morro resuelve esperar allí a sus compañeros que vienen más atrás en el coche. Comienza a recorrer ese pequeño pueblito y lo describe, a la luz del sol quemante del mes de enero o febrero, como un paraje sumamente desolado. “La soledad, dice Head, se altera únicamente con el paso de alguna mujer que se protege del sol sobre la cabeza con las manos o el rebozo, al cruzar las calles que separan los ranchos a ambos lados”.

En esa época, la localidad de El Morro se componía de ranchos de paja, como de costumbre, sin ventanas o con alguna ventanita muy pequeña, construida a los fines de dejar salir el humo o poder ver quien se acerca desde un lugar que no puede ser percibido desde el exterior. Puede decirse que más que ventanas, son pequeños huecos. En la actualidad todavía se pueden observar en algunos ranchos de nuestro campo.

La descripción del pueblo que realiza Head no difiere demasiado de la descripción de toda la campaña sudamericana, retratada muy bien por numerosos escritores.

El calor, las moscas zumbando, los caballos atados a las tijeras del rancho, un viejo caballo domesticado cazando las moscas que vuelan a su alrededor. “La atmósfera temblaba con el calor y resonaba con el zumbido agudo de millones de moscas que disfrutaban del sol”. Esto decía en 1825 Bond Head de El Morro. Como de costumbre, no hay comida lista a su arribo, hasta que matan un carnero. Luego de la siesta arriban sus compañeros, agotados por el viaje y por la demora, ocasionada por una avería –la rotura de la lanza- que había sufrido el coche. Además, se habían detenido a unas leguas de San Luis, a comer unos corderitos.

El calor aumenta con el correr del día. Después de cenar, se acuestan a dormir a la intemperie. Todo es calma hasta la medianoche, en que son despertados por un violento torbellino que hace volar ropas, ruanas y era tanto el polvo que casi no se podía respirar “todo era tiniebla”, dice Bond Head, cuando de repente un relámpago brilló sobre ellos. Los truenos eran más fuertes que de costumbre y luego se precipitó la lluvia. El viento era huracanado y el cerro se iluminaba majestuosamente por la tormenta. Bond Head dice que nunca se sintió tan cerca de lo sublime y lo ridículo: lo sublime era el ruido de la tormenta, la violencia de los relámpagos, el imponente espectáculo de la naturaleza. Lo ridículo eran sus compañeros, corriendo y gritando en paños menores, buscando frenéticamente sus cosas en medio del vendaval. Un coronel francés que viajaba a Mendoza, gritaba y daba órdenes desde su catre de cuero a su sirviente, que no hacía más que santiguarse e implorar con plegarias que cesara la tormenta. De repente, en medio del caos y el estruendo, comienza a sonar la campana de la vieja iglesia. El misterioso tañido deja a todos paralizados.

Por fin los empapados huéspedes de la posta logran acomodarse en el rancho y pasar el resto de la noche a resguardo hasta el amanecer, donde todo vuelve a ser calmo.

Por la mañana alistan todo para la partida, y el coronel francés y Bond Head resuelven hacer una visita al cura. “Vestía hábito sucio de zanga blanca, atado a la cintura con cordón para azotarse, su estatura era mediana y no obstante, pesaba más que cualquiera, su pescuezo era tan macizo como novillo y no se había afeitado en muchos días”.

“En un cuarto sin ventanas –prosigue Head- había dos o tres libros viejos, cubiertos de polvo, y un pequeño crucifijo colgaba de la pared”. El objeto de la visita era averiguar si el clérigo había sido el responsable del repicar de la campana en medio del vendaval, la noche anterior. “Oh, no” responde éste ante las preguntas de los viajeros, “dormí profundamente toda la noche”. Los dos extranjeros se retiran sin haber esclarecido el misterio.

A raíz de que sus compañeros no se encontraban en condiciones de partir debido al temporal, Bond Head resuelve cortar camino acompañado por un

muchachito que no parece tener aún ocho años de edad. Sigue a este niño unas cuantas leguas y se entretiene mucho con los cuentos que le narra, llenos de picardía y gracia.

Comienza a llover, y el muchachito a cada rato exclama "¿Quién sabe!" quiere decir "¿quién sabe cuando llegaremos?". Finalmente comienza a dar voces y señala a lo lejos "un cristiano arriando unos caballos". El inglés y el pequeño baqueano se acercan al hombre, y éste les señala el camino hacia la posta.

Llegan a la Posta del Portezuelo, encierran los caballos en el corral, y el maestro de posta, en cuya casa había dormido varias veces, le da un caballo de galope largo y un "hermosísimo gaucho como guía".

Head y su nuevo compañero de viaje mantienen una larga conversación mientras galopan, el inglés halla que el gaucho era "de un espíritu muy noble". Deseaba saber acerca de las tropas enviadas por el gobierno de Mendoza para responder al gobernador de San Juan, que acababa de ser depuesto por una revolución. "El gaucho estaba muy indignado por esta intervención, y mientras galopábamos me explicaba con muchos ademanes finos, lo que era bastante claro": que San Juan era tan libre para elegir gobernador como Mendoza, y que Mendoza no tenía derecho de imponer a San Juan un gobernador que el pueblo no aceptara. Luego hablo de la situación de San Luis. Por algunas preguntas que Head le formula durante la conversación, el gaucho pone de manifiesto que nunca había estado en esa ciudad. "Santo cielo!", se asombra Head. Y así naturalmente, el hombre le cuenta que nunca ha salido de esa zona. El inglés le pregunta su edad, y el criollo le responde "¿Quién sabe?".

"Era inútil hacerle más preguntas; así, mirando en ocasiones su figura y cara particularmente hermosas, recordando las opiniones varoniles que me había expresado sobre muchos temas, pensaba qué diría la gente en Inglaterra de un hombre que no sabía leer ni escribir, ni nunca había visto tres ranchos juntos".

CAPÍTULO IV

Samuel Haigh (año 1829)

Con sólo veintidós años emprende el viaje de Buenos Aires a Chile, lleno de interés y de vigor, a pedido de una firma comercial de gran opulencia y respetabilidad de Londres.

En 1829 publica en Londres la primera edición de su relato, "Bosquejos de Buenos Aires, Chile y Perú".

En el capítulo IV, precisamente en la página 47 de esa obra, relata su estadía en San Luis al encontrarse de paso para Chile. “La Punta de San Luis tiene cinco mil habitantes y es el único lugar de relativa importancia en todo el trayecto de Buenos Aires a Mendoza”, afirma. “La entrada allí no es impresionante (...). Se efectúa por largas callezuelas de tapias corridas a ambos lados”.

A lo largo de este tramo, en que ingresa a la ciudad, Haigh observa la desolación de las calles, hasta llegar a la iglesia. “Como de costumbre, la iglesia principal y la Casa de Gobierno están en la plaza”. Le impresiona la pobreza del lugar: “La gente forma un conjunto mal vestido, sucio, y todo el lugar presenta aire de ser azotado por la pobreza”.

Junto a los viajeros que lo acompañan –extranjeros también-, se dirigen a la casa del gobernador quien, metido en su poncho y fumando, los recibe y firma los pasaportes.

“El comercio del lugar se compone principalmente de ganado y cueros”, observa el inglés. “Hay pocas tiendas de artículos europeos, ropa, ferretería, loza, etc.”. Estas carencias tienen como contrapartida otro tipo de riqueza: “San Luis abunda en frutas: duraznos, uvas, melones e higos; el alimento principal es la carne y el maíz”.

El extranjero observa a los habitantes de la ciudad y los compara con los de la llanura. “Me parecieron de mejor aspecto en lo tocante a indumentaria y civilización”.

La descripción que ofrece Haigh de su paso por la ciudad de San Luis es un relato sobre una geografía elemental y misteriosa, bellamente incorporada en pinceladas sutiles y poéticas, como un ámbito inseparable de las costumbres, ceremonias, creencias, miedos y sueños de los puntanos.

Uno de los mejores momentos de este capítulo es su acercamiento a las mujeres del pueblo. Dice: “Algunas jóvenes son muy hermosas, de color aceitunado rosado, con carrillos encendidos de salud, adornados por un par de ojos negros como azabache”.

Con humor continúa: “Mi corazón se disponía a derretirse cuando primero vi a la hija del maestro de posta; nunca contemplé rostro más simétricamente bello, sus grandes ojos lánguinados parecían emitir corrientes de luz y el hoyuelo travieso de su barba hacía la visión del todo cautivadora”.

Pero ¡ay! Al deslumbramiento sigue la gran desilusión. La figura de la niña no correspondía al rostro descrito por Haigh. Ella era una mujer de dieciséis años que estaba de novia e iba a casarse “con un zote gaucho largo”. El inglés observa la relación: “Con su novio en la puerta de la casa paterna fumaban y conversaban con tanta gravedad, como si fueran marido y mujer”.

Haigh sentencia: “Las muchachas generalmente se casan de catorce o quince años, pero antes de los treinta parecen viejas, todas marchitas, secas y

arrugadas”. Las razones que esgrime son poco convincentes desde la óptica actual: “Esto proviene mucho de falta de aseo, sequedad del clima y constante contacto con el humo de los fogones de leña”, afirma, con la seguridad de un experto.

Cuando todavía se encuentra sumido en estas reflexiones, llegan de visita – con la natural cortesía y hospitalidad propia de los puntanos-, la familia del administrador de correos y varios habitantes más.

En la reunión, las jóvenes cantaron y tocaron la guitarra, y algunas parejas bailaron “la danza india del país, cuyas figuras son el reverso de las gazmoñería”.

“Hubo también una danza de castañuelas que me gustó”, anota.

Las visitas se retiraron a las once. Tras vanos intentos por conciliar el sueño, el extranjero se larga a recorrer las calles completamente desiertas, donde el único sonido era “el prolongado aullido de los perros que daban serenatas a la luna”.

Así termina el encuentro entre dos tradiciones, dos culturas distintas. El escenario donde ha tenido lugar este acercamiento es un paisaje singular, lleno de sorpresas para el extranjero. Es el hábitat donde se proyecta naturalmente el habitante de estas tierras, con el que se identifica y del que se recibe la imposición de un ritmo de vida, una noción del tiempo, difícil de comprender para el lector actual. Es una simbiosis del hombre con el medio que, para nosotros, es el correlato histórico del realismo mágico, y también una irresistible nostalgia para el “paraíso perdido”.

En este libro, editado en nuestro país por primera vez en 1920, por edición de La Cultura Argentina, se destaca una reseña del gaucho muy certera y bella: “He mencionado que los habitantes de la pampa se llaman gauchos; no existe ser más franco, libre e independiente que el gaucho. Usa poncho tejido por mujeres, (esta prenda) es del tamaño y forma de una frazada pequeña con una abertura en el centro para pasar la cabeza; por consiguiente, sirve para preservar del viento y la lluvia, y deja los brazos en completa libertad. El poncho en su origen es prenda india, se hace solamente de lana y es bellamente entretejido con colores; a veces se usa colgado de los hombros, otras como chiripá liado y siempre frazada por la noche”.

Continúa describiendo los elementos del atuendo: “La chaqueta es de paño ordinario, bayeta o pana; los calzones, abiertos en las rodillas, son de la misma tela, la delantera de la chaqueta y las rodillas generalmente se adornan con profusión de botoncitos de plata o filigrana. Sus espuelas son de plata o hierro, sobre botas de potro, con enormes rodajas y agudos pinchos; sombrero pajizo y pañuelo de algodón atado alrededor del rostro, completan el traje. Su montura es siempre armazón de madera retobado en cuero y se llama ‘recado’, tiene forma de silla militar y se cubre pellones y piel de carnero tejida; no se estilan hebillas para asegurar la montura, siendo la cincha de delgadas tiras de cuero, adheridas a una argolla de hierro o madera que se une, mediante un

correón, a otra argolla más chica cosida en la silla; el estribo es de madera o plata, el primero es solamente bastante grande para dar cabida al dedo gordo del pie; pero la mejor gente siempre usa el segundo, que es el mayor. El freno es como el de los mamelucos, con barbadas de hierro, duro y áspero”.

“La matra –continúa- es la cama del gaucho y así se asegura el alojamiento donde quiera que lo tome la noche. Siempre lleva lazos y boleadoras que arroja con admirable precisión al pescuezo opatas de un animal y al instante lo detiene”.

“Un gran cuchillo de catorce pulgadas de largo, atravesado al tirador, o en la bota, completa el equipo gauchesco, y así sencillamente armado y montado en su buen caballo, es señor de todo lo que mira”.

“El jaguar y la puma (sic), el potro o el toro bravío, la gama y el avestruz, le temen lo mismo –se admira Haigh-, no tiene amo, no labra el suelo, difícilmente sabe lo que significa gobierno, en toda su vida quizás no haya visitado una ciudad”.

“Algunos gauchos jóvenes me han dicho que eran a veces desgraciados ‘por amor’, pero cuando llegan a los años de discreción, nunca se les oye proferir queja contra su destino. En efecto, constituyen una raza con menos necesidades y aspiraciones que cualquiera que yo haya encontrado”.

El inglés no oculta su admiración: “Nada puede dar al que le contempla idea más noble de independencia que un gaucho a caballo, cabeza erguida, aire resuelto y grácil, los rápidos movimientos de su bien adiestrado caballo, todo contribuye a dar el retrato del bello ideal de la libertad. Su rancho pequeño y cuadrado, con postes de sostén y varillas de mimbre entretejidas, revocadas con barro, y a veces solamente protegidas con cueros. El techo de paja o juncos, con un agujero en el centro para dar escape al humo; pocos trozos de madera o cráneos de caballos sirven de asiento, una mesita de diez o doce pulgadas de altura, para jugar a los naipes, un crucifijo colgado en la pared y a veces una imagen de San Antonio o algún otro santo patrón, son los adornos de su morada. Pieles de carnero para que se acuesten las mujeres y niños y un fueguito en el centro, son sus únicos lujos; el gaucho en su casa siempre duerme o juega. Pocos frutales a veces se encuentran cerca del rancho”.

Con similares términos se refiere a la compañera del gaucho: “Las mujeres de los gauchos se visten con camisas de algodón burdo, enaguas de bayeta o picote azul, que dejan descubiertos los brazos y cuello. Cuando salen a caballo usan chales de bayeta de color vivo y sombreros masculinos de paja o de lana”.

“Se sientan de lado a caballo y son tan buenas jinetes como los otros. Las mujeres se ocupan en cultivar un poco de maíz, que les sirve de pan, también cosechan sandías, cebollas, y tejen bayetas y ponchos ordinarios”.

“El uso del tabaco –precisa Haigh- es común en ambos sexos, lo consumen en forma de cigarrillo con tabaco envuelto en papel o chala. Sus útiles de cocina son generalmente de barro cocido y sus platos de madera”.

He visto en uno de estos rancho míseros una fuente de plata, pero tan negra de suciedad que fue necesario rascarla con cuchillo para cerciorarse de su calidad”.

“Los gauchos son muy aficionados al aguardiente de uva, pero rara vez caen en aquel estado de ebriedad tan común en las clases más pobres de Inglaterra”.

CAPITULO V

Samuel Greene Arnold (año 1848)

El siglo XIX se nos aparece hoy como una época sumamente bella y misteriosa: grandes acontecimientos políticos y sociales, desarrollo descollantes personalidades, descubrimientos científicos, corrientes humanísticas, la industrialización, revolucionarios movimientos artísticos y musicales... El siglo XIX es el humus del que surgieron los prodigiosos avances del siglo XX.

Samuel Greene Arnold es una muestra de ese espíritu insaciablemente curioso y aventurero del europeo del siglo XIX. Podría inclusive aventurarse una comparación con los personajes de Julio Verne, cuando leemos su diario de viaje: “...es una noche espléndida y pensé en mi situación interesante aquí, en el corazón de América del Sur, con una guerra contra los indios en todas partes a mi alrededor y con la misma probabilidad de que nos ataquen aún a nosotros. Son las aventuras correspondientes a viajar fuera de los caminos trillados y se acomoda a mi variación...”

“Viaje por América del Sur” es el diario de viaje prolija y minuciosamente anotado por este joven norteamericano, oriundo de Providence, durante un período que va de 1847 a 1848, destinado a la mujer que a su regreso se convertiría en su esposa. Comprende la narración del itinerario seguido por el autor desde Southampton a Brasil y luego al Río de la Plata y a Chile por la Cordillera de los Andes.

En este último tramo donde nos detendremos porque allí encontramos con alegría la descripción de su paso por San Luis. Vale la pena acotar que tal descubrimiento se produjo en una vieja librería, al lado de la Iglesia de Balvanera, en Buenos Aires. El ejemplar que hallamos pertenece a la edición efectuada en nuestro país en el año 1951. El diario de Samuel Greene Arnold

es citado por Sarmiento en uno de sus escritos donde hace referencia a “un libro de apuntes de viaje” que había hojeado en casa del mismo Arnold vicegobernador de Rhode Island (Estado Unidos) en 1865. Con ese dato le fue posible a David James obtener de los descendientes del autor una copia del diario, con el fin de enriquecer la biblioteca de viajes, que tanto contribuye al conocimiento y valorización de nuestra propia idiosincrasia.

Lo cierto es que la pluma de Arnold lleva al lector por los salones de la época, describe con precisión desconocida aún en nuestros escritores el paisaje y las costumbres, y comenta inteligentemente el momento político además de ofrecernos interesantes retratos de los personajes de la época. El libro es subyugante, y posee gran valor no sólo para el historiador sino también para el folklorista, el naturalista y para todos aquellos a quienes resulte atrapante nuestro pasado.

Sarmiento conoce a Arnold ya en su madurez, desempeñando un alto cargo político. Pero el personaje que a nosotros nos interesa es un joven de veinticinco años que, después de efectuar largos viajes por Rusia y Europa, se embarca en Inglaterra para América del Sur. En Southampton (1847) da comienzo al diario de viaje. Arnold no quiere volver a su tierra sin antes conocer el mundo hispanoamericano tan importante en aquellos momentos para su propio país.

La llegada al Río de la Plata es el momento en que el diario adquiere su mayor interés, y esto no solamente para nosotros los puntanos, sino en general para quien haya de apreciar las cualidades intrínsecas del libro. En este punto la visión de las cosas y de los hombres se hace en Arnold más clara y el interés humano se agudiza: Montevideo, El Cerrito, Oribe, Rosas, Manuelita, Don Pedro de Angelis...

Consideramos que las descripciones de Buenos Aires que presenta este diario se encuentran entre las mejores que hayan dejado viajeros de la época o los propios contemporáneos de Rosas, y recomendamos su lectura. Son sugestivas y llenas de color, y difícilmente puedan encontrar parangón como descripciones vivas y directas del Buenos Aires de 1848.

Llama particularmente la atención el relato que Arnold hace de su encuentro con el Restaurador, y las observaciones que efectúa sobre la relación de éste con su hija Manuelita. El norteamericano se sorprende ante la libertad de lenguaje, el comportamiento, las bromas entre padre e hija que le resultan extrañas y fuera de lugar.

Como la mayoría de los viajeros, Arnold ofrece testimonios reiterados del buen acogimiento y hospitalidad de que fue objeto en casas de las familias argentinas. Sus relatos evidencian el placer que le causaba ingresar en esos ámbitos domésticos, en su afán de captar hábitos sociales y modos de vida particulares de estas latitudes.

Rumbo al pacífico

Para realizar su viaje a Mendoza y luego pasar a Chile –y ante la inexistencia de un servicio de diligencias- Arnold publica un aviso en el “Diario de la Tarde”, tal como era costumbre. Allí anuncia su propósito y solicita compañía para fletar un carruaje con los peones y postillones necesarios para la travesía. Pocos días después de aparecida la publicación, el viajero encontró lo que buscaba.

El coche era -según Arnold- de “bastante buen aspecto para estos lugares. Los rayos, la armazón y el eje de las ruedas están recubiertos con lonjas de cuero. Antes se las moja y se secan puestas en el coche para mayor refuerzo. Salimos con seis caballos: cinco en el tiro y uno atrás; cuatro peones los montan y un postillón va en el caballo delantero”.

Así se inicia el viaje un jueves 9 de marzo. El norteamericano viaja acompañado por un señor Bombal, que va a Mendoza, una señora de Barros que viaja acompañada de un perrito faldero, y un joven de apellido Alsina. Diecinueve días emplean en llegar a Mendoza y a lo largo de todo el recorrido Arnold anota en su diario todo cuanto ve y experimenta, lo cual constituye valiosísima información sobre postas, aldeas, caseríos y estancias. El autor se revela gran observador y sabe extraer de la realidad que lo rodea los rasgos más ilustrativos y característicos.

Hay en su narración visiones de la pampa realmente novedosas. Arnold se siente impresionado como ninguno por la vida en las pampas y sabe captarla con singular actitud: “La pureza del aire en esos llanos es como en el desierto y magnifica los objetos distantes: los cercos de tunas en las postas parecen árboles, y en realidad tienen de ocho a diez pies de altura, y a menudo en el horizonte los vacunos parecen majestuosos camellos”. Prosigue: “estas pampas son maravillosas: un llano infinito como los desiertos de oriente, pero en nada se le parecen, porque allá la muerte reina única en la soledad, y aquí todo es vida. Enormes cantidades de vacunos, de caballos y de ovejas cubren la rica llanura y bandadas de pájaros se ven por todas partes”. Se complace el extranjero en describir las garzas, las gaviotas, las martinetas, los avestruces...

Arnold nos presenta también a sus compañeros de viaje; gracias a su relato conocemos hombres originales y paradójicos como aquel mendocino de apellido Recuero, que hace el viaje a caballo desde Buenos Aires y se incorpora a la comitiva en la posta de Cañada del Sauce. Hombre de cierta ilustración –hablaba latín-, trabó inmediatamente relación con Arnold.

Este hace referencia a su amena conversación, a su buen humor, y a su disposición a tocar la guitarra sin hacerse rogar. “Recuero tocaba la guitarra – dice Arnold- en casi todas las postas, porque siempre hay guitarras en ellas”. En la posta de Cañada del Sauce “tuvimos baile. Recuero tocó la guitarra y miramos bailar a los peones con dos muchachas de la posta el baile llamado gato, acompañado con el castañeteo de los dedos”.

El resto de la escena, la choza sucia, las miradas de soslayo de las muchachas, la poca luz, todo –dice Arnold- “formaba un espectáculo que me hacía recordar los bailes de Almeh en Egipto, salvo que aquí la música era distinta y el baile decente”. El grupo continúa la marcha hacia el oeste, y este episodio del baile se repite en forma más concurrida y amena en la posta de Achiras.

Por cierto que no faltan en el itinerario el encuentro constante con interminables tropas de carretas y con exóticos personajes. También es permanente el miedo a encontrarse cara a cara con el indio.

“Un pueblo luchador”

Arnold y su grupo atraviesan la provincia de San Luis entre el miércoles 22 de marzo y el domingo 26 de marzo.

La primera impresión que Arnold consigna es la que recibe al ingresar al territorio provincial por la posta de El Morro: “No puede haber lugar más solitario, es un pueblo luchador, de casas de barro (...) tiene 700 habitantes y una guarnición de 150 hombres de caballería”.

Ya hemos visto que Arnold –al igual que los viajeros cuyos testimonios hemos relatado- no tenía exclusivamente preocupaciones de naturalista o de geógrafo. La gente le interesa sobremedida, es curioso y perspicaz; anota detalles mínimos de atuendos, expresiones, hábitos.

En la posta de El Morro conoce al gobernador (es el coronel Pablo Lucero): “Es muy gaucho –dice- y medio indio de aspecto morocho, un hombre triste, de uniforme con galones rojos, la divisa de Rosas en el ojal y, en la cabeza, un gorro de terciopelo bordado”. Aparentemente, el norteamericano trató de entablar alguna conversación, pero no recibió más que monosílabos en respuesta. “Dijo poca cosa y no estuvo mayormente cortés...”, acota Arnold.

“Esta provincia de San Luis es pobre, completamente de pastoreo y de minas. Las minas de oro y los lavaderos están en las montañas. El resto de la provincia son pampas, pero pobres, como matas de pasto ahora seco y grandes arenales a causa de la sequía”, anota el norteamericano en su diario el mismo día en que se detienen en la posta de Río Quinto.

En esta posta tiene oportunidad de penetrar en una choza en medio de los árboles, “donde cantó para nosotros una joven ciega, con la cabeza más lanuda de largo cabello negro que haya visto”, comenta en su diario. Para agregar a continuación, “otra joven estaba allí y una anciana con cinco pequeñas criaturas. Las mujeres de las pampas –prosigue- son casi todas bonitas, muy fáciles y generalmente sucias”.

Describe el rancho de arcilla como “un miserable agujero”, aunque agrega: “pero aquí la gente es hospitalaria como de costumbre”.

Durante la conversación Arnold se entera de la constante alarma con que vive esta gente por la presencia del indio. Y escribe preocupado: “otra vez los indios estaban en nuestro camino y que el lunes habían devastado la frontera de Mendoza...”.

Demoran antes de proseguir el camino hacia San Luis dos horas y media “por los caballos”, transitando las 12 leguas “por el peor camino, el desierto más triste que hayamos pasado”.

A lo largo de todo el tramo Arnold observa y anota las características del medio natural: “No estábamos a mitad del camino cuando tuvimos la primera perspectiva de los enormes Andes, distantes a más de 300 millas (...) De cuando en cuando veíamos un acebo o un arrayán, algunos arbustos de acacia espinosa en la senda y la oscura sierra delante de nosotros”.

Más adelante se detienen, ya avanzada la noche, en un pequeño rancho distante a sólo una legua de la ciudad de San Luis “porque el camino es malo y peligroso”.

Mientras los moradores carnean y luego cocinan un cabrito, el norteamericano escribe su diario dentro del rancho “lleno de chinches y pulgas, a la luz de una lámpara alimentada a grasa derretida”, comenta.

Y luego agrega: “... es mucho más cómodo dormir en el suelo que dentro de los ranchos”.

Al día siguiente, a las 7 y media de la mañana “después de una buena lavada en el arroyo vecino”, parten hacia la ciudad capital.

La descripción se vuelve verdadero regocijo cuando ingresan a la ciudad, después de 12 leguas de transitar por el pesado terreno de arena y polvo: “es un hermoso espectáculo contemplar los jardines de duraznos y uvas a lo largo de las márgenes de los arroyos, los altos cipreses orientales, los álamos de Lombardía, higueras, etc.”.

Más adelante, aprovechando la hospitalidad que se le ofrece, tiene la oportunidad de ingresar a uno de esos jardines. “En el patio hay dos grandes naranjos llenos de fruta verde, cantidades de granados y de higueras; las sandías crecen en el campo, son comunes los membrillos de tamaño grande y las manzanas también son silvestres. Las frutas más comunes son los duraznos y las uvas”.

San Luis, la bella

Arnold se siente a gusto en la capital de la provincia. Es recibido como huésped en casa de un comerciante amigo de su compañero de viaje Bombal con suma hospitalidad. Describe y enumera los manjares con que fue agasajado: “Tomamos chocolate y sandías, pan en cantidad y un buen almuerzo a la una, para terminar con dulces, uvas y duraznos. El mate excelente, lo tomamos cuando recién llegamos y otra vez después del almuerzo, le pusieron un poco de canela para darle más sabor”.

Sale a caminar, recorre las calles principales y dictamina: “esta ciudad tiene unos 5000 habitante, es la capital de la provincia y lo mejor que he visto hasta ahora en las pampas. Las calles son en ángulo recto como de costumbre, muy anchas; las casas de ladrillo y de tapia (compuesta de arcilla y guijarros), muchas revocadas y blanqueadas, por supuesto que todas de un piso. La plaza es grande, a un lado los cuarteles, al otro la iglesia. La ciudad es muy buena para la capital de una provincia muy pobre y en medio de las pampas”.

Sin embargo, sigue molestándole la escasa locuacidad de los lugareños: “Nadie, entre la gente del pueblo, sabe la edad que tiene; a muchos se lo pregunté y la repuesta es quién sabe, dos palabras que parecen limitar la inteligencia de toda esta población respecto a cualquier cosa fuera de su rutina diaria”. Parece que la frustración a su afán de indagar le causa un gran disgusto.

En los diversos pasajes en los que describe reuniones sociales –ya sea en alguna posta o en la ciudad- es señalado como un hecho habitual el que las mujeres jóvenes tocaran la guitarra y cantaran, como homenaje y agasajo a los viajeros.

“Esta mañana –escribe el día 25, cuando recorre la ciudad de San Luis junto a Recuero- entramos en una casa, nos presentamos con toda libertad como de costumbre y pronto las jóvenes se pusieron a tocar la guitarra. Una de ellas salió al jardín y nos trajo una flor a cada uno, nos mostró el hermoso bordado o mas bien la puntilla que hacen en todo este país y fue muy amable en todo”.

En marcha otra vez

El riguroso camino que lleva a Mendoza es el último dato que Arnold deja de nuestro territorio. Se trata de 22 leguas: nueve hasta la posta de Balde y trece hasta Desaguadero: “a pesar de tener una buenas yuntas de caballos, todos blancos, grandes y fuertes, cambiamos tres veces”.

Rumbo al límite con Mendoza el grupo de viajeros se topa con un intenso tráfico de carretas. Se trata de caravanas que hacen el flete de los productos elaborados en Mendoza para comercializarlos en Buenos Aires: “vimos un pequeño remolino de viento que levantaba una columna de polvo a gran altura (...) Encontramos una fila de 27 mulas. Van cargadas de harina y fruta seca.

Las nubes de polvo que levantaban alarmaron a algunos compañeros míos que al principio pensaron que podían ser los indios”.

Anota además la presencia de algunos ejemplares de la fauna: “Hoy vimos muchas águilas grandes y en Balde tenían una pequeña chuña, un pájaro que crece mucho, tiene plumaje gris y es muy feroz”. Arnold se sorprende al conocer que la chuña es domesticada pues tiene la capacidad de anticipar la lluvia: “Es curioso este pájaro como barómetro, pues anuncia siempre la lluvia el día anterior por un grito muy especial”.

Anota también la abundancia de avestruces “hay muchas por aquí y se cazan con las boleadoras, que son parte del material de cacería de todos los ranchos”.

Ya en la posta de Desaguadero, se detiene a observar un rebaño de cabras, mientras aguarda el momento para partir hacia el río Desaguadero, último punto dentro del territorio provincial.

CAPÍTULO VI

León Palliere (año 1858)

León Palliere, el gran artista francés, en su libro “Diario de viaje por América del Sur”, cuenta su entrada a la provincia de San Luis luego de dejar la posta de Achiras, en marzo de 1858.

“Partimos de Achiras en medio de un fuerte viento. Montañas en el horizonte. Hasta hace algunos años, este lugar era el más expuesto a las invasiones de los indios. Nos detenemos para que los postillones reemplacen a los caballos en la Posta del Portezuelo, que se halla sobre la derecha, a un cuarto de legua de camino. Nada la delata desde lejos”.

Palliere refiere los pormenores de la jornada: “Dispongo mis provisiones sobre el suelo y me dispongo a comer. El grupo almuerza alegremente. Los peones han ido a cambiar los caballos”.

“Proseguimos la ruta, -escribe ahora-, Don Guillermo ha tomado la delantera, se pierde el conde de vista, va a encargar en la próxima posta, que se encuentra a algunas leguas, un caldo y un asado”.

“A una legua se ven altas montañas y hacia ellas nos dirigimos. Hemos llegado al Morro”, anuncia.

Al entrar al pueblo, Palliere se detiene en una imagen sorprendente: “En el centro de la plaza del pueblo se encuentra un carruaje pintado y dorado, que

cubre una muy pintoresca tienda, improvisada con palos, frazadas y chales; verdadera decoración ambulante. Es el coche de la “prima dona” Edelmira, del tenor Guglielmini y de algunos otros artistas del teatro italiano de Santiago que se dirigen a Buenos Aires”. Esta descripción, vista con ojos actuales, parece tomada de una escena fellinesca o de una página de García Márquez.

“San José del Morro –prosigue Palliere-, es una pobre ciudad, y saliendo de ella el aspecto es salvaje”. Montones de rocas resquebrajadas se entremezclan con árboles achaparrados y con grandes zarzas, montañas al fondo y a los lados.

Inmediatamente, el viajero refiere el arribo a la siguiente posta: “Llegamos a la posta de Los Loros, es aquí donde debemos pasar la noche. La componen dos malas chozas y un grupo de algarrobos”.

El hambre acicatea a los viajeros, de modo que matan dos corderos, un carnero y una pava, y los alistan para colocarlos sobre el fuego.

“El carnero para los gauchos y los dos corderos para nosotros, uno asado y el otro hervido”. El extranjero aclara que es el único buen asado que ha comido durante el viaje.

“Ningún alto en la noche ha sido tan poético como éste”, enfatiza, y en forma muy plástica describe lo siguiente: “cerca de los ranchos hay dos fogones; en uno se cocina nuestra comida y el otro la de los peones” (...) “Los gauchos, matando y degollando los corderos, los árboles iluminados por debajo; grupos lejanos que se destacan al resplandor de las llamas y que luego se pierden en la oscuridad, y por encima del cielo, con su negro manto tachonado de estrellas”.

La falta de las comodidades de la civilización, más que molestarlo parece regocijarlo: “No falta a nuestra comida color local, pues tenemos sólo un plato para dos o tres. Nos traen el caldo en una grande y honda fuente enlozada... Nos hallamos todos de pie en torno de la fuente, zambullendo por turno nuestras cucharas”.

“Luego colocamos los colchones bajo los algarrobos. Los pavos que se hallan sobre nuestras cabezas no abusan de su posición”, comenta con humor.

El descanso se interrumpe a la madrugada: “Nos levantamos a la luz de la luna. Tomamos mate cerca del fuego. Llegan los caballos y partimos al amanecer, rodeados de montañas. Existen pajonales. El terreno está húmedo y cubierto de agua en cierto sitios, por las lluvias recientes”.

“El país se transforma poco a poco por completo, hay matorrales y el terreno es arenoso y con montículos”. Los pastos, dice Palliere, “son muy malos, se ven algunos árboles y creo que los mismos pajonales aumentan de tamaño, existe también una especie de mimosa”.

Tras correr algunas leguas, Palliere apunta: “Llegamos a Río Quinto”, y describe en forma casi fotográfica el cruce del río. “Bajamos del coche para que cruce el río libre de pasajeros. Nosotros lo pasamos a la grupa de un gaucho. Descendimos de las cabalgaduras haciendo a pié el camino hasta la posta, que se halla a cien metros”.

La posta de Río Quinto consiste en un par de ranchos, algunos árboles y unos corrales, según observa Palliere. El río, dice en sus notas, es ancho, “pero apenas tiene dos pies y medio en los lugares más profundos. El lecho es de arena y en las orillas tiene árboles y marañas”.

Vale la pena detenerse en el siguiente tramo del relato en el que Palliere, excelente pintor y escritor, describe una de las más bellas escenas del viaje. A juicio personal, el párrafo rememora vívidamente un cuadro de Sorolla: “Dos niñas de cabellera suelta de unos trece años de edad, se bañan y nadan desnudas en compañía de un niño. Entramos en el agua para bañarnos también, retirándose ellos hacia la otra orilla, lo más lentamente posible; y después de echarse sobre las espaldas una prenda cualquiera, se ocultaron entre los arbustos para vernos mejor. El agua es excelente, la corriente muy fuerte, la arena está caldeada. Sentándonos en el agua, sumergidos hasta el cuello, nos dejamos llevar por el río. Es soberbio”.

El encanto con que describe cada uno de los instantes, la magia que reviste cada detalle del paisaje y el asombro con que apunta los hábitos y costumbres de los naturales del lugar, son constantes a lo largo de la obra. Tras haberse refrescado en el río, Palliere escribe: “Volvemos a nuestro cuartel general. Tomamos mate y luego cenamos caldo y cordero asado. Nuestras tres camas han sido colocadas en tierra, bajo un grueso algarrobo, siendo así el campamento más original que de costumbre. Tomé una vela de mi maletín y la puse en una botella vacía, colocándole un papel alrededor para que el viento no lo apagara”.

Bajo el cobijo del árbol, la velada continúa: “Tendidos en las camas, bebemos ‘grog’ conversando y fumando; el tiempo transcurre así dulcemente y la charla se extingue por sí sola, mientras la quietud de la noche se desposa con el débil murmullo de las aguas del río”.

Nuevamente retoman la marcha “por un camino cada vez peor”, lamenta Palliere. Nos dirigimos hacia las montañas de San Luis. Llegamos a la Posta de Los Cerrillos, de Andrés Osorio, algo alejada de la ruta, tomando sobre la hierba un frugal alimento, como estábamos habituados a hacerlo desde nuestra partida. Nos hallamos muy próximos a las montañas de San Luis, cubierta de árboles”. Esta característica del paisaje, dice, le recuerda a Brasil. Probablemente sea por los montes de molles que recubren las laderas de las sierras.

En este lugar el vehículo en el que viajaba León Palliere tiene un vuelco. “Ayudamos a los peones a levantar el coche. Logrado esto, y mientras los peones vuelven a cargar, tomo la delantera a pies pues no hay sino una legua hasta la ciudad”.

Es muy interesante la información que va incorporando en su recorrido hacia la ciudad de San Luis. El camino es muy malo. Palliere se queja diciendo: "Que decir de ese cretinismo que hace que una provincia no pueda arreglar el camino a una legua de lo que ella denomina su capital".

"La ruta actual es un sendero a través de la maleza entre las que sólo puede pasar un coche, y siendo una de las huellas más altas que la otra, es forzoso volcar por despacio que se pase (...) El camino tan malo, se compone cuando pasa una tropa de carretas".

La marcha a pies es dificultosa, el suelo es arenoso y los pies se hunden constantemente; todo es maraña y grandes plantas. Pero esto no impide que Palliere continúe observando curiosamente, como lo ha hecho hasta ahora. Recoge unas flores, recuerda haber escuchado que su nombre es Reina de la Noche, variedad rara y estimada en Europa. Es probable que se trate de nuestras Damas de Noche, flor grande, blanca y del tamaño de cuatro o cinco camelias.

Finalmente, llegan al "hotelito", lleno de sorpresas e incomodidades, para los pasajeros que pretenden encontrar elementos de confort totalmente ignorados en estas tierras. El viajero debe siempre llevar consigo su colchón y la ropa de cama, pues de lo contrario tendrá que pasarse sin ella.

Les entregan el cuarto principal: "...Además de los cuatro caballetes, hay dos mesas unidas, una más alta que la otra, de madera blanca en otro tiempo". "El suelo es como Dios lo hizo, en el techo se ven las vigas y las cañas que lo sostienen".

Por orden del gobierno nacional, la diligencia debe permanecer en el lugar veinticuatro horas para distribuir y recibir la correspondencia. Se quedan por consiguiente, dos noches. Aprovechan este tiempo para componer el coche y pasear por San Luis.

"Magnífica miseria pero bella vegetación, los jardines son encantadores, aunque la gente no ha hecho nada por ellos. Advierto, sobre todo, higueras cuyas ramas trepan sobre las puertas y caen hasta la calle, álamos, sauces llorones, y una especie de árbol muy grande y hermoso, con hojas finas, cuyo nombre ignoro". ¿Será nuestro admirado aguaribay?.

En los párrafos siguientes, Palliere hace gala de un gran poder de observación y captación del sentido edilicio. "Las casas y los cercos de los jardines son de adobe, tierra pisada, lo que no debe ser de larga duración, y forzosamente se contemplan ruinas".

Tampoco escatima juicios de valor, y fustiga: "Esto es bien demostrativo de la ignorancia de esta provincia, que podría fabricar buenos ladrillos o servirse de la piedra de las montañas, que se hallan a menos de una legua".

Ahora se interesa por unos gauchos corriendo carreras, que descubre en una de las calles aledañas, vestidos con trajes de colores muy variados, “mucho más que en otras provincias”. “Las carreras se suceden rápidamente”, observa, “el caballo es siempre montado en pelo –costumbre tradicional en todo el Plata-, y sobre calles de arena, para evitar las rodadas”.

“Muchos espectadores se hallan montados de a dos en un mismo animal formando grupos encantadores. “Se ven niños que corren y las apuestas consisten en uno o dos reales cincuenta centésimos a un franco”.

Palliere y sus compañeros de viaje se quedan admirados y califican de “increíbles” las actitudes que toman los gauchos en los caballos: se doblan, se sientan, se vuelven como si estuviesen en tierra, sobre la hierba. Desde la perspectiva de un europeo, ver a estos hombres jóvenes montados en pelo y dominando totalmente el equilibrio y haciendo figuras de mucha plasticidad, realmente es un espectáculo novedoso. “La posición ordinaria es la pierna sobre el pescuezo del caballo, propio o en el vecino. Esto se hace todavía e ignoro lo que no son capaces de hacer”.

Vuelven al Hotel a las siete para cenar “lo mismo que todos los días: un trozo de carne de vaca duro como un cuero, puchero –que no tocamos-, caldo, la mejor cosa de la cena”. Prosigue el menú: “Además de lo habitual hay carne ‘Stufatine’, plato italiano como el dueño de casa; ensalada de cebolla cruda y tomate, condimentada con el más horrible aceite español, y un postre excelente: uvas y duraznos”. El vino no les gustó, y lo hicieron sacar de la mesa.

Después de comer, los viajeros encienden sus cigarrillos y se disponen a escuchar la retreta. Dice Palliere: “Ante la casa del señor gobernador, vemos dos inmensos faroles colgados majestuosamente, de palos sostenidos por gauchos. Además de esto, cierta cantidad de pequeños faroles iluminan un círculo de músicos vestidos como el pueblo”.

“Dos directores de orquesta con traje militar llevan el compás, mientras que alternativamente tocan la corneta a pistón o el clarinete. En cada uno de los cuatro ángulos se halla un soldado con el sable desenvainado al hombro; llevan bonete rojo, puntiagudo, poncho y chiripá, tienen la tez oscura, cabellos largos y barba abundante”.

La mirada del extranjero se dirige ahora al público, particularmente al femenino, y refiere: “En torno a los músicos se agrupaba el pueblo, muchas criaturas de pie o sentadas en la calle, detrás una cincuentena de mujeres. Dos me parecían lindas –agrega-, pero la oscuridad profunda en que nos encontramos es posible que las favorezca; pero las otras aún así me parecen feas”.

Al día siguiente una violenta lluvia interrumpe la exploración de la ciudad y obliga al inquieto Palliere a quedarse en su cuarto; también le impide hacer croquis y dibujos de la ciudad.

Al cesar la lluvia se reanuda el paseo y también las sorpresas para el forastero. Es interesante el diálogo que éste entabla con una mujer que se halla en la puerta de un jardín, quien le pregunta si hace “trueques de santos”. Palliere, que lleva bajo el brazo una pequeña cartera, reflexiona para sí “No tengo nada que me asemeje a un vendedor ambulante”.

“Conversó un momento con nuestra brava mujer. Parece que un santo nuevo vale más que uno viejo, y dan uno viejo a cambio de uno nuevo”. “Con todo, es un curioso negocio”, -opina-.

Continúa andando y se encuentra con un grupo de personas que deben ser autoridades en traje de ciudad. Llevan botones de oro y pantalones de paño con franja de terciopelo y flores bordadas; tela europea realmente fabricada “para los elegantes de San Luis”.

Palliere ya ha colmado su curiosidad con respecto a la ciudad de San Luis, y desea ponerse nuevamente en camino hacia la siguiente posta.

Los preparativos de la partida se inician con una lentitud exasperante, pues “los peones parecen atados a esta horrible ciudad”. Hacen algunas leguas por caminos muy malos, y deben bajarse dos veces del coche.

Llegan a la Posta de la Cabra, donde la dueña “es una mujer que tiene reputación de mala bruja”. Hablan de indios –la mujer le cuenta que hace cinco años que no aparecen por la zona-.

Continúa el viaje hasta la posta siguiente, “marchando entre grupos de algarrobos; el terreno es arenoso, enorme cantidad de caza se levanta a nuestro paso y veo, entre otras aves, perdices con cresta”.

Llegan finalmente a la posta, y este gran observador anota: “Un avestruz de dos meses anda con unos pavos, por lo que parece aún más pequeño”.

Pero su mirada queda atrapada por una escena mil veces más agradable y muy nuestra: en medio de este paisaje agreste y protegida por la humilde edificación, una mujer teje un poncho. “La técnica no puede ser más primitiva. A su lado hay un niño en una cuna suspendida. Nada más simple ni más encantador”.

Enseguida llega la noche y el grupo hace sus preparativos para pernoctar casi en la oscuridad. Instalan sus cosas lo más lejos posible del rancho porque dentro, dice Palliere, “esta lleno de insectos”.

“El cielo felizmente se halla cubierto de estrellas (...) y todo el mundo duerme afuera, incluso la señora Natividad y su hija (...). Las mujeres y los niños de los ranchos hacen lo mismo, creo que por hábito, pues al aclarar el día veo a los niños durmiendo en grupos sobre la misma almohada”.

Otro detalle minuciosamente referido: “Una gallina abriga a sus pollitos casi tocando a los chicos con las alas, un perro enroscado les hace compañía, una

bacinica floreada completa el poético grupo. Las mujeres se encuentran acostadas más o menos en la misma forma”.

Observaciones como ésta, abundantes en el capítulo que comentamos, dedicado a la provincia de San Luis, ponen en evidencia el inmenso interés que despertaron en Palliere los detalles cotidianos de la vida rústica de nuestra campaña. A esta curiosidad secundaba el ansia por registrar todo, a través de sus notas de viaje, con la mayor precisión: “El muro de ramas –se refiere al rancho de posta- se halla cubierto de riendas, cueros, carne seca, bolas, bolsas, estribos y trajes viejos; un asador está calvado en la tierra. Es un verdadero Tenniers que tiene también, en más de un aspecto, su tono glorioso”.

“Partimos con el más bello tiempo del mundo, atravesando a dos leguas el río Desaguadero”. Así es como Palliere y sus amigos dejan esta provincia.

CAPÍTULO VII

Santiago de Estrada (año 1862)

Nuestro admirado escritor Santiago Estrada, hermano de Ángel y del extraordinario maestro José Manuel, hace referencia a su paso por la provincia de San Luis en su libro “Viaje y otras páginas literarias”, escrito en el año 1862.

Con elegante estilo y gran observación describe su paso por estos lugares y no solamente nos aproxima el paisaje sanluisense sino que nos transporta a esos años tan caros a nuestra sensibilidad, al contarnos sus impresiones sobre los hombres de estas latitudes con gran ternura. Aunque a veces es duro en sus conceptos, el buen lector –para el que sólo el sentido de la belleza, de la armonía, constituyen el bien supremo-, siente al leerlo el palpitar de su corazón. Un escritor sutil, con un recato que lleva a su prosa ese sentimiento y esa hondura que da el andar por el mundo con la sensibilidad a cuesta...

Ya lo dijo Cervantes: “La vida es una peregrinación; quien no camina ¿qué sabe de ella?. Y quien no sabe de ella, ¿podrá hacer o hablar algo que nos interese ?.

Santiago Estrada es, por definición, escritor y su condición de creador no oscurece al maestro por vocación que también vive en él.

“Las postas –explica-, son lugares donde se mudan los caballos o se pasa la noche; el Estado subvenciona a los que se consagran a este servicio, que

desatienden hasta donde es posible descubrirlos”. Así da inicio a su relato, en la parte del viaje en que pisa tierra sanluiseña rumbo a Mendoza.

“En la posta hay un corralito de ramas, en el cual se toman los caballos para la muda, un pozo de agua salobre y dos ranchos: uno para alojamiento de los pasajeros y otro para habitación del llamado maestro”. “Los peones duermen bajo la ramada en que se cocina o debajo de la diligencia que conducen”.

La jornada inicial culmina. Estrada reseña las impresiones de esa noche que pasa tendido en el cuarto de huéspedes, mirando la claridad de la luna que se cuele por el hueco de la ventana sin vidrio. Al amanecer los viajeros son despertados por el conductor de la diligencia. “Mestizo de reducida estatura y doctor en pereza”, califica el escritor. “La diligencia era como todas las diligencias, salvo que la manejaban ocho postillones, cargados de años, de hambres y de mañas”.

Continúa el cruce por San Luis y, a bordo de su vehículo, Estrada observa y escribe: “Sorprendíamos de cuando en cuando alguna familia de ‘huanacos’, o encontrábamos de hora en hora alguna tropa de carretas”.

Al caer la tarde, y mientras se aproximaban al lugar donde debían dar por terminada la jornada, ven aparecer sobre el horizonte la silueta de un compacto grupo de jinetes que galopan en dirección a la diligencia.

Son más de cincuenta gauchos y los pasajeros que viajan junto a Estrada – entre los que se encuentra un canónigo de la Catedral de Paraná, un poeta escritor de drama, y otros personajes se intranquilizan, pues cree que van a ser asaltados.

El mayoral los apacigua: “No hay motivo de alarma, están jugando carreras”.

Un fogón en San Luis

La diligencia se detiene. Estrada y sus compañeros de viaje descienden del coche y son rodeados inmediatamente por los gauchos, que los observan con gesto adusto. Pero cuando descubre la presencia del cura, todos desmontan y, dice el escritor, “empiezan a saludarlos y pedirle la bendición”. Las exclamaciones continúan: “¡paire!”, “¡mi pagre!”, “¡el curita!”, y sobre todo los innumerables “¡mi señor!”, “¡el que me casó!”, “¡el que me bautizó el muchacho!”... Y enternecido Estrada registra esta escena, digna de ser representada y reconstruida, ya que llega intacta desde nuestro pasado, donde se manifiestan con la mayor autenticidad los sentimientos religiosos de los habitantes rurales.

“Como por ensalmo –celebra Estrada-, apareció un fogón, sobre el fogón una marmita, y junto a la llama de la leña, un asado”.

Consideramos necesario en este punto, aclarar el significado de la palabra “ensalmo”. Se trata de un modo supersticioso de curar con palabras mágicas y gran aplicación empírica de medicina. Hacer una cosa como por ensalmo es hacerla con prontitud y “por arte de magia”.

“Aquellos buenos hombres –continúa-, sospechados por nosotros de mala intención, se reunieron al amor de la lumbre a esperar al canónigo que, de regreso a sus pagos, les iba a hacer el honor de presidir el fogón”.

Comieron en una mesa de tres pies “traicionera y maligna”, que a cada rato se echaba al suelo, y sentados en escaños de adobe que “de puro sólidos no hacían ver las estrellas”.

“La luna se alzaba en el confín izquierdo del horizonte, tan pálida que parecía enferma. Un cielo azul y transparente, salpicado de puntos luminosos, cubría el cuadro. Los lejanos balidos de los rebaños de cabras, mezclábanse con los incomprensibles rumores de la soledad”.

“Una que otra luz revelaba la existencia de otros hogares en torno a los cuales quizá se hablaba de amor, y cuya llama secaba tal vez las lágrimas del gaucho soldado”.

Así Estrada comprende el mágico significado de esa llama escribiendo: “La luz del fogón campesino siempre inspira tiernos sentimientos”. Y reflexiona: “La esposa que no tiene para el hijo de su amor otra cuna que sus brazos desfallecidos, el pastor miserable y vagabundo, el payador que entristece el campo con las notas de su guitarra, y el gaucho desertor de los ejércitos, encienden esos fuegos de la única hora en que son libres y felices”.

“El fogón, añade, es su centro social y el fuego el único amigo que los acalora... Es inspiración, amor, esperanza, cuando arde en el campo desheredado”.

Sentado junto al fogón los ocupantes de la diligencia y el grupo de jinetes conversan animadamente. Estrada describe el momento con pluma austera y cautivante: “después que tomamos el alimento que nos habían preparado, leí a mis compañeros algunos fragmentos del “Facundo” de Sarmiento, y de “La Cautiva”, de Echeverría, libros que siempre me acompañan en mis viajes”.

“El Facundo”, opina Estrada, ejercitando también la crítica literaria, “es el cuadro gráfico de la pampa, es la filosofía de nuestra tempestuosa historia”. Dice luego de la obra de Echeverría: “La cautiva es la voz de la soledad, es el alimento del pampero, es el espejo del alma ardiente del poeta, que refleja el alma del morador de la pampa”.

Pues bien, aquellos gauchos que rodeaban al literato lloraban al escuchar la lectura del Facundo, y sonreían y suspiraban al escuchar los versos de la Cautiva. El espíritu errante de estos hombres pudo captar, en las palabras que

leía Estrada, una revelación incuestionable del arte, y la sensación de la verdadera belleza.

A raíz de ese encuentro, Estrada dice en 1862: “El hombre del campo es susceptible de educación y perfeccionamiento, porque su corazón es noble, porque la curiosidad agujonea su espíritu, porque las sombras en que vive no son las sombras de la muerte eterna”.

Finalizada la velada literaria, “los hombres tomaron sus guitarras y entonaron algunas coplas, tiernas como sus historias, y sencillas como el perfume del trébol”. ¿Serán nuestras queridas tonadas?.

“Me dormí contemplando la luz de la luna que penetraba por la ventanilla de la posta”. Así el cronista pone punto final a la jornada más rica en impresiones sobre los caracteres humanos de esta provincia que hallamos a lo largo de su relato.

Por el contrario, nada nos dice el viajero de su paso por la ciudad de San Luis, a pesar de que apunta que se detuvieron por la lluvia dos días, y al tercero reanudaron la marcha hacia Mendoza.

Continúan el camino. Estrada toma nota de un hecho que despierta su interés, y que para el hombre contemporáneo resultaría mucho más curioso aún: “En los árboles del camino encontrábamos alcancías formadas con cuero de vaca, destinadas a recoger limosna para costear sufragios a las ánimas”.

Luego se encuentran con arreos de mulas que conducen al litoral cargamentos de pasas de uva y orejones de duraznos. La vestimenta de los troperos que conducen al arreo es descripta detalladamente: “Los troperos perfectamente emponchados y con las piernas cubiertas con guardamontes, seguían el paso indolente de los pacíficos animales, guiados por la campanilla de las yeguas que los preceden en la marcha”.

Más adelante anota: “En la Posta de Balde encontramos una pastora que conducía un rebaño de cabras: llevaba la cabeza cubierta, un callado en la mano y los ojos fijos en la tierra. Parecía pertenecer a una tribu fugitiva y que se hubiese separado de sus compañeros por no poder seguir sus pasos, más ligero que el de las cabras fatigadas y hambrientas”.

Cabe señalar que Estrada era el escritor más castizo de su época, así que no debe extrañar el empleo de los términos “pastora” y “callado”, que se corresponden con “campesina” y “bastón”, respectivamente.

En San Antonio, última posta en ese entonces en suelo puntano, pasan la noche. “Como nos encontrábamos en vísperas del aniversario del terremoto de Mendoza, y las gentes cuyanas abrigan la preocupación de que las convulsiones subterránea son periódicas y ocurrentes en fecha fatal, las mujeres y el maestro de posta sacaron sus camas del rancho en que dormían”. Recordemos que el terrible terremoto que destruyó la ciudad de Mendoza se

produjo en la noche del 20 de marzo de 1861, o sea justamente un año antes del momento que Estrada relata.

“Nosotros, que no quisimos imitarlos, -dice Estrada refiriéndose a la decisión de dormir al sereno-, nos levantamos más temprano que los tímidos dueños de casa”. Y allí observa el escritor un gesto lleno de pudor y delicadeza, donde se pone de manifiesto el amor y el celo filial en uno de los rudos hombres que guardaban las postas: “Cuando salimos de nuestro cubil despertaba don Antonio, el maestro de posta, el cual, después de vestirse y para evitar que nuestras miradas se fijaran en sus hijas, se colocó mientras se vestían, delante de cada una, y abriendo los brazos improvisó con ellos y su poncho un biombo en forma de murciélago clavado con alfileres”.

“El buen padre –agrega, un tanto despectivamente- a quien el cariño cegaba, podía haberse ahorrado el trabajo que se tomó, porque ninguno de nosotros pretendió sorprender encantos que debían correr parejos con el caldo y el asado que nos habían servido la noche anterior”.

A continuación se inician las tareas para continuar viaje, y todos los pasajeros se alegran cuando los peones les anuncian que el coche estaba listo. “Pocas horas después –dice Estrada- atravesábamos el Desaguadero y pisábamos, por consiguiente, el territorio de Mendoza”.

Culmina en el límite geográfico el relato sobre nuestras tierras, pero antes de que el coche se interne definitivamente en la huella mendocina, prestemos atención a la voz de Estrada que detalla sus impresiones sobre el paisaje de esta zona limítrofe:

“Atravesamos, decía hace un momento, el Desaguadero, dejando a la izquierda las ruinas del puente que comunicaba las orillas de este río y que fue despedazado por la montonera. A nuestra derecha y a pocas cuerdas del río, encontramos una casa casi destruida en cuyos corredores graban su nombre todos los que pasan o se acogen a su sombra”.

“Este edificio y el puente del Desaguadero recuerdan al transeúnte el paso de la montonera, señalando en todas partes con la ruina de lo material y la decadencia de lo moral”.

CONCLUSIÓN

- El recorrido que hemos efectuado por los caminos de nuestra provincia ha tenido como objetivo como encontrarnos con nosotros mismos. Todo lo relatado es parte del difícil proceso de hurgar en lo ya ido, con la convicción de que el presente y el futuro están condicionados por el pasado.

- No siempre la comprensión profunda de nuestro pasado va a resultarnos grata. En algún momento rechazaremos determinadas interpretaciones,

nacidas quizás de generalizaciones precipitadas o de falta de información. Sin embargo en muchas oportunidades nos será fácil apreciar un verdadero amor en estos extranjeros por nuestras costumbres, hecho digno de mención en personas que sólo de paso visitaron estas tierras, y que por su formación cultural o sus creencias no parecían predisuestas a mirar lo nuestro con amabilidad.

- Por esta razón repetimos lo que dijimos al comienzo de nuestro trabajo. Es necesario rescatar a través de la memoria y la investigación el papel fundamental de la provincia de San Luis, su geografía y sus habitantes, en el tránsito que por el denominado "Camino Real" hicieron numerosos trashumantes durante décadas. Demostrando por medio de la investigación, que el pasado de nuestra provincia posee un rico acervo de tradiciones, de ésta manera comprenderemos la identidad particular y diferenciada que posee San Luis, que la hace diferente del resto de las provincias argentinas.

- La misteriosa fusión de hombres y paisajes se adueñan de nosotros y nos permite comprender que haya sido San Luis un lugar que atrapaba el interés de estos escritores andantes, que sabían observar: la adustez de las tierras, la hospitalidad de los hogares, la belleza de las mujeres y la valentía de los hombres.

- Las realidades pasadas, así comprendidas, nos permitirán penetrar mejor en la médula de las presentes, olvidados de los superfluos.

- Con su agudeza característica Ortega y Gasset decía después de afirmar que amaba intensamente el pasado: "Es conveniente volver de cuando en cuando una larga mirada hacia la profunda alameda del pasado, en ella aprenderemos los verdaderos valores; no en el mercado del día".

Basta agregar que es solamente desde el afecto como debemos comprender la existencia pretérita de nuestra tierra, para proyectarnos sanos, sin rencores, hacia el futuro.

***** FIN *****

